
LA MUERTE SILENCIOSA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
HENRY KEYSTONE

Henry Keystone

LA MUERTE SILENCIOSA



EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Dep. legal V. 2548—1962

Rgtro. Num.: 353. —62

printed in spain

EDITORIAL VALENCIANA. - VALENCIA

La muerte silenciosa

HENRY KEYSTONE

Clay Dickson levantó el cuello de su abrigo y hundió profundamente sus manos en los bolsillos. Hacía frío y continuas ráfagas de aire helado barrían, las hojas secas, formando extraños remolinos.

Estaba anocheciendo y el Central Park de New-York aparecía completamente desierto, solamente Dickson permanecía sentado en uno de los bancos distribuidos a lo largo y ancho del parque.

Clay era periodista; un buen periodista según decían sus amigos, pero tenía un genio endiablado… y era este genio lo que le había llevado al Central Park aquel desapacible anochecer.

Un mes antes trabajaba en la redacción del «Zephyr», un semanario de gran tirada, pero en la revista hubo cambios de personal y Clay no simpatizó con el nuevo redactor-jefe… ni éste con él. Hubo una «pequeña discusión», intercambio de golpes… y una ceja partida; la del redactor-jefe. El despacho de éste quedó convertido en un montón de astillas y de cristales rotos. Dos secretarias se desmayaron… y Clay se encontró de patitas en la calle.

Durante un mes vagó por toda la ciudad tratando de hallar trabajo, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Agotadas sus reservas monetarias, sin trabajo y con barba de tres días, Clay Dickson permanecía sentado en el Central Park, tratando de hallar una solución a sus muchos problemas. Debía el alquiler de su apartamento y…

No quiso continuar pensando. Lentamente se levantó y después de mover sus ateridas piernas hurgó en uno de sus bolsillos y extrajo unas monedas. Las extendió en la palma de la mano y las contó.

—Tres dólares—murmuró guardándolas nuevamente—…al menos hoy aún comeré, mañana creo que no. Lo malo del caso es que ya no me queda nada para vender.

Del bolsillo superior de su arrugada americana sacó un aplastado cigarrillo. Cuidadosamente intentó darle su verdadera forma, pero al ver que no lo lograba, lo encendió y una triste sonrisa apareció en sus labios. Mirando el humo que el violento y helado viento dispersaba rápidamente murmuró entre dientes:

—El último cigarrillo, la última cerilla y solamente tres dólares en el bolsillo, ¡brillante porvenir te espera, amigo Clay!

Iba a abandonar el parque cuando por uno de los desiertos senderos apareció un hombre. Clay Dickson se fijó inmediatamente en su paso tambaleante e inseguro. Daba la impresión de que iba a caerse de un momento a otro.

El periodista lo contempló con aire de lástima. El hombre parecía estar al límite de sus fuerzas. Vestía una gabardina color gris, llena de manchas oscuras y su cabeza aparecía cubierta por un negro y deteriorado sombrero.

—Es muy temprano, amigo, para que ya estés borracho—dijo Clay en voz alta, pero inmediatamente cambió de opinión. El hombre había llegado junto a él y el periodista pudo contemplar un rostro pálido… y una herida en la sien izquierda. La sangre se escapaba por debajo del negro sombrero. Las manchas oscuras de la gabardina también eran de sangre. Aquel hombre no había bebido demasiado. Estaba herido y completamente agotado.

El herido dio un traspiés y Clay lo sostuvo para evitar que se derrumbase pesadamente contra el suelo.

—¡Ayúdeme, por favor!—jadeó el hombre— estoy herido y me persiguen. ¡Ayúdeme!

—¿La policía?—preguntó Clay mientras lo sostenía.

—No, no es la policía, pero necesito su ayuda, es…

El desconocido no pudo continuar hablando. Clay sintió como el cuerpo que sostenía entre sus brazos aumentaba de peso. Sin pensarlo

dos veces tomó una resolución; ayudaría al desconocido.

Clay Dickson era un perfecto ejemplar de hombre. De elevada estatura y fuertes músculos poseía una gran fuerza. Pasó uno de sus fuertes brazos por debajo de los hombros del herido y llevándolo casi en vilo lo sacó del parque. Por dos veces volvió la cabeza hacia atrás para ver si podía descubrir a los misteriosos atacantes del desconocido, pero los senderos del Central Park continuaban desiertos.

Haciendo una seña detuvo a un taxi y después de introducir en su interior el desvanecido cuerpo del herido ordenó mientras cerraba la portezuela:

—A Owen Street, número 56.

—Menuda juerga se ha corrido su amigo—comentó jocosamente el taxista.

Clay adelantó uno de sus brazos y sus dedos se cerraron como garfios sobre la tela del uniforme del conductor. Sacudiéndolo fuertemente, le dijo casi en un susurro.

—Cuando necesite su opinión ya se la pediré, pero mientras no lo haga limítese a conducir… y a callar.

El rostro del taxista cambió de color y cuando Clay lo soltó balbuceó:

—Perdón, señor. Ha sido una broma.

El coche se puso rápidamente en marcha y Clay volvió su atención hacia el desconocido. Este permanecía inmóvil y su cabeza se bamboleaba trágicamente a impulsos del movimiento del taxi. El periodista lo contempló con cierto temor.

—«Solamente me faltaba que este hombre se muriese para complicarme más la vida.»

El coche se detuvo ante el apartamento de Clay con fuerte rechinar de frenos.

—¿Cuánto es?—preguntó el periodista.

—Un dólar y medio.

Clay entregó el dinero y abriendo la portezuela sacó el desvanecido cuerpo del desconocido. Casi arrastrándolo lo llevó hasta la puerta de la escalera. Allí esperó que el taxi se marchase y después, al observar que la calle aparecía completamente desierta, abrió la puerta y levantando al herido entre sus fuertes brazos penetró en su apartamento.

Encendió la luz y dejó el cuerpo sobre un diván, se inclinó sobre él y nuevamente buscó signos de vida en aquel cuerpo. La respiración continuaba siendo muy débil y tina espuma sanguinolenta había aparecido en sus .labios.

Clay despojó al desconocido de su sombrero y de la gabardina. Una larga y profunda herida cruzaba su sien izquierda. La sangre continuaba manando profusamente y sobre la americana aparecía otra gran mancha. El periodista desnudó al desconocido en busca de más heridas. Al despojarle de la manchada americana una extraña arma cayó al suelo. Clay se inclinó y la recogió. Sus ojos la estudiaron minuciosamente. Parecida a las pistolas corrientes pesaba mucho menos y delante del gatillo aparecía un pequeño tambor circular, igual que en las pesadas «Thompsons». El periodista dejó la extraña pistola sobre una pequeña mesa y continuó desnudando al desconocido. Al quitarle la camisa, un enorme boquete apareció en el pecho. La sangre se había coagulado, impidiendo la hemorragia.

Clay, ya más tranquilo al ver que el herido continuaba viviendo, aunque sus heridas eran peligrosas, se despojó del abrigo y contempló detenidamente al hombre del Central Park.

El desconocido era un hombre de unos treinta años, fuerte y de facciones correctas e inteligentes. Mientras el periodista lo miraba, el hombre del Central Park empezó a delirar. Sus palabras eran apenas comprensibles para Clay que trataba de descifrarlas para ver si a través de ellas podía enterarse de la historia de aquel hombre.

—Tengo que… regresar. No… puedo… morir…

Estas palabras no aclararon nada a Clay que aún se inclinó más sobre el herido para que no se le escapase ninguna de las frases que salían de sus labios.

—Lo tengo… bien escondido… ellos… no lo… encontrarán.

Clay se encogió de hombros y decidió que cuando el desconocido recobrase el conocimiento lo interrogaría, a ver si a través de él lograba un interesante reportaje periodístico que le permitiese reponer su exhausta economía y al mismo tiempo le abriese las puertas de algún semanario de importancia.

El desconocido continuó delirando, pero ya sus palabras eran completamente ininteligibles. Al hacer un violento movimiento, la herida del pecho empezó a sangrar nuevamente y Clay comprendió que si no se detenía rápidamente la hemorragia, el desconocido moriría. Se acercó al teléfono dispuesto a llamar a un médico. Tenía ya el aparato en la mano dispuesto a hacer la llamada cuando la voz del herido le detuvo.

—No llame a la policía.

El periodista se volvió hacia el desconocido y contestó:

—No iba a hacerlo, pero tengo que llamar urgentemente a un médico si quiere usted continuar viviendo.

El hombre del Central Park, dominando el dolor que sentía dijo:

—No lo llame. Tendría que dar parte a la policía al ver que mis heridas han sido producidas por arma… y entonces se perdería todo.

—¿Qué se perdería? — preguntó intrigado Clay.

—La Tierra—respondió el herido cerrando los ojos.

Clay pensó que volvía a delirar y decidió llamar al médico aún en contra de la voluntad del desconocido. Había ya marcado el número cuando el herido volvió a hablar.

—No, por favor, no llame a ningún médico, ya que si la policía interviene no podré cumplir mi misión y la Tierra será destruida.

Algo que vibraba en la voz del desconocido hizo comprender a Clay que no deliraba ni bromeaba. Colgó el aparato y al dejarlo, su mano rozó la extraña arma. Señalándola con un dedo, preguntó:

—¿Qué clase de pistola es esta?

—Cuidado, está cargada—respondió solamente el desconocido antes de volver a perder el conocimiento.

Clay vio que aquel hombre se estaba muriendo y que no tendría salvación a no ser que se le curase rápidamente. Regresó junto al teléfono y después de marcar un número esperó la respuesta.

—Diga—contestó una voz de mujer al otro extremo del hilo.

—Ivonne, soy Clay Dickson y necesito tu ayuda urgentemente.

—¿Qué te ocurre?

—No puedo decírtelo ahora, no puedo perder tiempo. Coge tu botiquín de curas y ven volando a mi apartamento. Es una cuestión de vida o muerte.

—¿Has asesinado a tu ex-redactor jefe y te has arrepentido a última hora?—bromeó la muchacha.

—No. Solamente puedo decirte que es algo muy importante y que necesito tu ayuda como enfermera.

—De acuerdo, Clay, dentro de pocos minutos estoy en tu casa.

El periodista dejó escapar un suspiro de alivio mientras colgaba el teléfono. Ivonne Warrens era una experta enfermera y una excelente amiga. Ella le ayudaría a salir del apuro en que se había metido.

Tras buscar detenidamente por todos los cajones de su apartamento logró reunir tres cigarrillos. Estaba fumándose el segundo cuando el timbre de la puerta soné insistentemente. Clay se levantó rápidamente y fue a abrir.

Apenas había entreabierto la puerta cuando ésta fue violentamente empujada desde el exterior y tres hombres penetraron en el pequeño apartamento de Clay. El último cerró la puerta tras de sí y apoyó las espaldas en ella, mientras otro se acercaba al herido, el tercero hundió el cañón de una pistola en el estómago del periodista, diciendo:

—Quieto, amigo, «esto» se dispara rápidamente, no hace ruido y no deja rastro.

El periodista no había perdido la serenidad ante la brusca irrupción de los tres desconocidos. Su mirada se fijó en el arma que se apoyaba en su cuerpo y observó que era muy parecida a la que él había dejado en la mesa que tenía a su espalda.

—¿A qué viene este asalto?—preguntó fríamente Clay.

—Contigo no va nada, pero tu vida tampoco nos importa gran cosa —le respondió no menos fríamente el hombre que tenía delante.

—El es—dijo el otro asaltante que se había acercado al herido—. ¿Termino ahora con él?—preguntó esgrimiendo una pistola de rara construcción.

—Espera un momento, primero será conveniente enterarse de lo que sabe este amigo—respondió el hombre que encañonaba a Clay.

El periodista vio claramente que aquellos tres hombres habían penetrado en su apartamento con verdaderas ansias de matar. Lanzó una mirada a su alrededor para hacerse cargo de la situación. Uno de los asaltantes continuaba con la espalda apoyada contra la puerta, otro permanecía junto al desconocido del Central Park, empuñando la pistola dispuesto a disparar en el momento que se lo ordenase el que hacía de jefe. Este permaneció frente a Clay y su mano no temblaba cuando cogió el tercer cigarrillo.

Clay decidió jugarse el todo por el todo. Cuando el asaltante inclinó levemente la cabeza para encender el cigarrillo, la mano del periodista se abatió sobre el brazo que sostenía el arma. El golpe fue tan brutal que la pistola se desprendió de entre los dedos del bandido para ir a caer contra el suelo. Cuando el asaltante levantó sus asombrados ojos fue para recibir entre ellos un furioso puñetazo que lo lanzó a través de la habitación para ir a estrellarse contra el hombre que se apoyaba en la puerta. El choque fue tan violento que ambos cayeron al suelo formando un extraño revoltijo de piernas y brazos.

Clay se dejó caer de rodillas. Ya era hora, pues el hombre que permanecía junto al herido había hecho fuego contra él. El disparo no produjo ningún ruido, ninguna llamarada, solamente un fugaz relámpago azulado brotó del cañón del arma, El proyectil pasó rozando su mejilla para ir a estrellarse contra la pared que tenía a sus espaldas, Esta empezó a licuarse rápidamente y un extraño olor dulzón se extendió por el apartamento.

La mano de Clay se cerró fuertemente sobre la empuñadura del arma que había dejado sobre la pequeña mesa al desnudar al desconocido del Central Park.

Arrodillado hizo fuego contra el hombre que había disparado

contra él… y su asombro fue enorme al ver que su enemigo se convertía en una leve nube verde-azulada que quedó flotando en el centro de la habitación.

Un nuevo hálito de muerte rozó la sien de Clay y éste sintió un estremecimiento al pensar que si el proyectil le hubiese acertado de lleno, también él se habría convertido en una nube de humo. Rápidamente volvió su arma hacia el hombre que le había atacado y sin apenas apuntar apretó dos veces el gatillo… y dos nuevas nubecillas verde-azuladas quedaron flotando junto a la puerta. Sus tres enemigos habían sido rápidamente eliminados.

Sosteniendo la destructora arma entre los dedos, Clay lanzó una mirada llena de estupefacción a su alrededor. Lo que momentos antes había sido un acogedor apartamento se había convertido en una visión de ruinas y destrucción.

El primer disparo de sus enemigos se había estrellado contra la pared que separaba el salón de su dormitorio. El tabique había desaparecido totalmente y las dos habitaciones se habían convertido en una sola. El segundo de los proyectiles hizo blanco en la parte superior de una de las paredes y un enorme agujero permitía ver el piso superior. Infinidad de ladrillos y espesas capas de pintura, cal y cascotes cubrían toda la habitación… y las tres trágicas nubecillas continuaban flotando lentamente en el aire.

El herido continuaba inconsciente sobre el diván sin haberse enterado de que había estado nuevamente al borde de la muerte.

El periodista iba a guardar la mortífera arma en su cinto cuando el timbre sonó nuevamente. Empuñándola con mano firme se dirigió hacia la puerta dispuesto a rechazar un nuevo ataque si éste tenía lugar, pero al abrir se encontró con el bello rostro de Ivonne que le saludó cariñosamente.

—Hola, escritor, no dirás que he tardado mucho y…

La bella muchacha se interrumpió al ver el destrozo que se ofrecía ante sus ojos.

—Caramba, Clay, entre tus amigos son célebres tus peleas, pero esta vez te has superado a tí mismo. Por aquí parece que haya pasado la marabunta.

—Me río yo de esos bichitos—contestó Clay cerrando la puerta.

—¿Una de tus víctimas?—preguntó Ivonne señalando al herido.

—No, lo encontré en el Central Park y lo traje aquí… y él es el responsable indirecto de este destrozo.

La muchacha se acercó al herido y después de contemplarlo detenidamente dijo:

—¿Por qué no lo llevaste a] hospital?… este hombre se está

muriendo.

—Me dijo que lo estaban persiguiendo y no quise meterlo en un lío… además, después de lo ocurrido aquí hace unos minutos creo que estoy sobre la pista de algo interesante.

—Muy interesante—comentó Ivonne—. Si este hombre muere lo que vas a tener va a ser una «interesante» condena.

—Por esto te he llamado, para evitar que muera… y para evitar la condena. Además tengo verdadero interés en que viva, tiene que explicarme muchas cosas.

La muchacha después de ponerse unos guantes de goma se acercó al hombre del Central Park y rápidamente se puso a limpiar las heridas del desconocido. Clay, después de dejar la extraña pistola sobre la mesa se colocó junto a la muchacha para prestarle la ayuda que necesitase y su mirada no se apartaba de las manos de la mujer.

Este hombre está mucho peor de lo que yo creía—dijo Ivonne al ver la herida del pecho—. Tendrás que ayudarme a darle la vuelta. Quiero ver si existe orificio de salida.

El periodista levantó al herido mientras Ivonne buscaba alguna herida en la espalda.

—Puedes dejarlo, Clay, la bala está alojada en el pecho—dijo la muchacha—ahora la sacaremos.

—No creo que exista tal proyectil—contestó Clay dejando al herido sobre el diván—. Si ha sido atacado con las mismas armas con que lo he sido yo puedes tener la seguridad de que no hay tal bala. Lo que no comprendo es cómo continúa teniendo forma humana y no se ha convertido en humo como los demás.

—¿Qué dices, Clay? ¿Estás en tu sano juicio? —preguntó, sorprendida, la muchacha,

—Sí, lo estoy, mira—dijo señalando las tres nubecillas verde-azuladas que continuaban flotando lentamente en el interior de la habitación—. «Esto» eran tres hombres hace apenas cinco minutos… y ahora son simple humo moviéndose en el espacio.

—¡Clay!—exclamó la muchacha mirando al periodista completamente estupefacta.

—No, no he bebido, no he recibido ningún golpe en la cabeza, ni estoy loco.

Al terminar de hablar, Clay se dirigió hacia la mesita, recogió la pistola del hombre del Central Park y apuntando con ella hacia la pared que separaba el saloncito de la cocina, exclamó:

—¿La habitación te parece pequeña?, pues no te preocupes, la haremos algo mayor.

Y sin esperar contestación, apretó el gatillo. Un relámpago azulado brotó del cañón del arma… y la pared empezó a licuarse rápidamente. Clay, reloj en mano cronometró el tiempo.

—Seis segundos—anunció cuando la pared hubo desaparecido totalmente. Volvió a dejar el arma sobre la mesa y volviéndose hacia la muchacha que permanecía muda de asombro le dijo:

—Ivonne, estamos ante algo que se escapa a nuestra comprensión y que seguramente es de vital importancia para todos los habitantes de la Tierra. No sé cuál puede ser el peligro que nos amenaza, pero sí sé que este peligro existe… y el único que puede sacarnos de dudas es este hombre que se está muriendo ante nuestros ojos. Es preciso salvarlo si queremos saber qué es lo que nos amenaza.

La muchacha no respondió. Se acercó a su bolso y sacó una libreta de notas. Rápidamente escribió en una de las hojas y después arrancándola la entregó al periodista diciendo:

—Me hacen falta estos medicamentos. Ve corriendo a la farmacia mientras yo preparo el instrumental.

Clay la cogió pero permaneció inmóvil en el mismo sitio.

—¿Qué ocurre ahora?—preguntó Ivonne.

El periodista tragó saliva y respondió sin levantar la vista del papel.

—Me encuentro perfectamente… pero no tengo un dólar, bueno, en realidad tengo uno y medio.

—¡Oh, Clay!—exclamó la muchacha apoyando una de sus manos en el brazo del hombre—. Perdóname, ya no me acordaba que estabas cesante.

La bella enfermera abrió su bolso y entregó un billete de cien dólares al periodista, diciendo:

—Compra los medicamentos y al mismo tiempo café y azúcar. No estaría de más que también comprases algunos emparedados. Nos vamos a pasar la noche en vela y supongo que en casa… si a esto se le puede llamar casa, no tendrás nada; los hombres sois siempre muy descuidados.

Clay cogió el billete que le entregaba la muchacha y después de contemplarlo dijo:

—Te lo acepto como préstamo. No sería correcto que tú corrieses con los gastos de este lío.

—De acuerdo—bromeó la muchacha—, te lo presto al 12 % de interés.

—Esto es ya usura—contestó Clay desde la puerta.

Ivonne vio cómo se marchaba y una sonrisa apareció en su

correcto rostro. Clay era un excelente muchacho y un buen amigo, solamente tenía un defecto, bueno, en realidad eran dos: su mal genio y la facilidad que tenía para complicarse la vida. El decía que cuando no se metía en algún lío eran los líos los que se metían con él.

La muchacha se volvió hacia el herido, aproximó un sillón y se sentó junto a él. Durante unos instantes lo contempló fijamente mientras multitud de pensamientos se agolpaban en su mente.

La vida se escapaba rápidamente por los agujeros abiertos en su cuerpo. Aquel hombre moriría irremisiblemente... y ellos se verían complicados en un feo asunto. Seguramente ella perdería el título de enfermera y Clay, bueno, Clay se pasaría una larga temporada en la cárcel para que aprendiese a no meterse en complicaciones.

Los negros pensamientos de la muchacha fueron interrumpidos por la llegada del periodista cargado de paquetes. Los fue dejando sobre la mesa mientras decía:

—Ahí tienes los medicamentos, el café, el azúcar, los emparedados y unos paquetes de cigarrillos. De tu préstamo no queda apenas nada, pero al menos tenemos comida, bebida y tabaco; tres cosas que últimamente escaseaban bastante.

Ivonne procedió a preparar el instrumental y rápidamente cargó una jeringuilla con una de las inyecciones que Clay había comprado.

—Esto detendrá la hemorragia—-dijo Ivonne hundiendo la aguja en el brazo del herido—. Seguramente tendremos que practicar una transfusión de sangre.

—Si crees que es necesaria, estoy dispuesto —contestó Clay.

—De momento esperaremos. Ahora voy a hacer un poco de café. Lo necesitamos.

* * *

Cuando el desconocido del Central Park recobró el conocimiento vio a su lado, con las cabezas muy inclinadas sobre su cuerpo, las figuras borrosas de Clay e Ivonne. Lentamente la visión se fue aclarando y una leve sonrisa apareció en los labios del herido.

—Vaya, amigo—dijo Clay—me alegro de ver que finalmente ha regresado a este mundo... y con ello nos ha quitado un gran peso de encima.

Los ojos del desconocido se detuvieron curiosos en las bellas facciones de Ivonne.

—¿Quién es esta señorita?—preguntó sin apartar la mirada de la muchacha.

—Una buena amiga mía… y suya además, en estos momentos es su enfermera. Si usted logra salir de esta con algo de vida, solamente se lo deberá a ella.

El desconocido trató de extender una mano para saludar a Ivonne, pero sus escasas fuerzas no se lo permitieron. La muchacha recogió la extendida mano cuando ésta iba a caer nuevamente sobre el diván.

—Señor—empezó a decir Ivonne—me parece que usted es un hombre acostumbrado a enfrentarse con la verdad, por desagradable que ésta sea. No quiero engañarle—la muchacha hizo una pequeña pausa y después continuó diciendo:— Si no vamos rápidamente en busca de un médico usted morirá.

El desconocido pareció meditar y finalmente contestó:

—No puedo morir… pero tampoco puedo ser asistido por un médico. Mi situación es muy delicada y de mí dependen muchas cosas. Soy un hombre honrado pero si cayese en manos de la policía seguramente sería encerrado en un manicomio. Mi historia resultará incomprensible para todos los habitantes de la Tierra.

Clay y la muchacha se miraron significativamente y su pensamiento apareció tan claro en sus ojos que el desconocido, a pesar del sopor que se apoderaba de él, lo comprendió y haciendo un esfuerzo continuó diciendo:

—No, no estoy loco ni deliro. Si muero o soy capturado, la Tierra vivirá sus últimas horas. Tengo que vivir para poder salvarla.

Ivonne miró a Clay y después, silenciosamente se aproximó a la mesa y empezó a preparar los instrumentos quirúrgicos.

—Haremos la transfusión—anunció secamente.

Clay se despojó de la americana y levantó la manga de su camisa.

—¿Qué tipo de sangre tienes?—preguntó Ivonne.

—No lo sé, nunca me he preocupado de ello —contestó Clay pesaroso.

—Es igual, no tenemos tiempo que perder en análisis, esperemos que pertenezca al mismo grupo que la de nuestro amigo.

El herido cerró los ojos y sus palabras salieron ya de entre sus labios apenas como un susurro:

—Resistiré, tengo que resistir. No se preocupen y hagan lo que crean conveniente. Confío en ustedes dos; son las únicas personas amigas que tengo en la Tierra.

Nuevamente perdió el conocimiento y aunque sus heridas ya no sangraban, su rostro apenas tenía color.

—¿Qué hacemos?—preguntó Clay.

—Tratar de salvarle. Es nuestra obligación —respondió Ivonne

preparando las agujas y las gomas. Las introdujo en los brazos de los dos hombres y cuidadosamente fue moviendo el émbolo y la sangre de Clay pasó al desconocido. Lentamente fue recobrando el color y su respiración se hizo más acompasada.

—Hemos terminado—dijo Ivonne secándose el sudor que caía por su frente—ahora solamente nos resta que...

—¿Qué?—preguntó Clay al ver que la muchacha se interrumpía.

—Esperar.

—¿Crees que vivirá?—continuó preguntando el periodista.

—Esperemos que sí... pues en caso contrario, nos vamos a pasar una larga temporada en la cárcel.

La muchacha fue en busca de un par de mantas y acomodándose en un sillón se cubrió con ellas.

—Vete a dormir, Clay, yo me quedaré vigilando a nuestro desconocido amigo.

—No, Ivonne, ve tú y yo velaré.

—Estas primeras horas son las más peligrosas, además, es mi trabajo y ya estoy acostumbrada a ello.

El periodista no insistió. Conocía a Ivonne y sabía que cuando decía una cosa la mantenía contra viento y marea. Se inclinó sobre la muchacha y rozando con sus labios la mejilla le dijo:

—Si ocurre algo no dudes en llamarme.

—¿Qué puede ocurrir?

—Espero y deseo que nada ocurra, pero no podemos descuidar nuestra vigilancia. Recuerda que recibí la visita de tres hombres que solamente deseaban matar, además, este hombre que está tendido ante nosotros es un verdadero enigma.

—No te preocupes, Clay, no abriré la puerta —contestó Ivonne esbozando una sonrisa y después añadió:— Gracias por romper la monotonía de mi vida.

Clay tardó bastante en conciliar el sueño. Había muchas cosas que no comprendía. El hombre del Central Park... la extraña pistola que fundía a los hombres y los materiales... el ataque... el destrozo de su apartamento... el silencio en que se había desarrollado la lucha... las tres nubecillas verde-azuladas que flotaban en el espacio...

Guando finalmente se durmió, su sueño estuvo plagado de pesadillas. Estaba amaneciendo cuando se despertó. Un sudor frío cubría todo su cuerpo y la angustia de los sueños atenazaba aún su garganta. Rápidamente se vistió y salió de su dormitorio, aunque en realidad para salir de él no tuvo que hacer otra cosa que pasar por encima de un montón de ladrillos y trozos de madera destrozados.

Ivonne continuaba dormida acurrucada en el sillón y el desconocido, sobre el diván, respiraba tranquilamente. El periodista sintió alegría al ver que aún vivía. Andando sin hacer ruido se fue a la cocina y empezó a preparar un poco de café mientras murmuraba:

—La batalla de ayer suprimió el inconveniente de las puertas… que siempre rechinaban al abrirse.

—A mí sírvemelo en el sillón.

La voz de la muchacha llegó hasta Clay cuando éste llenaba la primera taza. Sonriendo volvió el rostro hacia la muchacha y repuso:

—¿Solo o con leche?

—Solo y que conste que el día que te cases vas a hacer la felicidad de tu mujercita.

—¿Cómo está nuestro amigo?—preguntó el periodista cambiando de conversación ya que conocía sobradamente las bromas de su joven amiga.

—Perfectamente, ha descansado durante toda la noche y creo que saldrá de esta. No tiene fiebre ni las heridas están inflamadas.

—Lo celebro.

—…y yo. Francamente, Clay, he pasado un miedo enorme. Si llega a morir nos…

El periodista puso su mano sobre la boca de la muchacha, diciendo:

—No continúes, sé lo que pensabas y por si te sirve de consuelo te diré que también yo he pasado mi crisis de pánico.

El desconocido se removió y abrió los ojos. Un ligero quejido se escapó de sus labios cuando intentó incorporarse.

—Hola—dijo Clay—, ¿cómo van esos ánimos?

—Espléndidamente—respondió el hombre del Central Park.

—Nos dio usted bastante trabajo, pero parece que hemos alejado el peligro—dijo Ivonne levantándose del sillón en donde había pasado la noche.

—Gracias, amigos, si no llega a ser por ustedes dos, yo habría muerto y la Tierra hubiese sido destruida dentro de un plazo muy corto. Ahora tengo que levantarme.

—¡Imposible!—dijo Ivonne apoyando sus manecitas en los hombros del desconocido que, dominando el dolor que sentía, intentaba levantarse del diván.

—¡Tengo que hacerlo!—insistió el desconocido—, en caso contrario no serviría de nada todo cuanto han hecho ustedes.

—Lo que tenga que hacer usted, puedo hacerlo yo—dijo Clay.

El desconocido se recostó nuevamente en el diván y durante unos

segundos estuvo pensando en la posibilidad de que, efectivamente, Clay pudiese realizar la importante tarea que pesaba sobre sus hombros. Finalmente habló nuevamente y sus palabras llenaron de asombro al periodista y a la muchacha.

—Lo que voy a decirles es algo que se sale de lo normal, al menos en sus vidas, ya que en la mía es bastante corriente. Les agradeceré que tomen asiento y no se sorprendan por lo que van a oír.

Clay e Ivonne obedecieron y tomaron asiento. El herido se incorporó ligeramente y lentamente empezó a decir:

—Me llamo Aster, un extraño nombre para un terrestre… pero yo no lo soy. ¡Nací en el planeta Venus!

—¡Atiza!—exclamó Clay.

—…y los tres hombres que me atacaron e hirieron tampoco han nacido en la Tierra; son marcianos.

—¡Trágame, tierra!—dijo Clay completamente asombrado—. Amigo Aster, estos tres…—el periodista dudó un instante antes de usar la palabra indicada—…marcianos penetraron violentamente en este apartamento dispuestos a terminar con usted y conmigo.

—¿Qué ocurrió?—preguntó Aster interesado.

—Usé la pistola de usted—se limitó a decir Clay señalando el arma con un ademán.

—Los rayos electrónicos acabaron rápidamente con ellos.

Clay iba a continuar haciendo preguntas pero la mano de Ivonne se posó en su brazo indicándole que dejase hablar a Aster. Este continuó diciendo:

—Pertenezco a un mundo completamente desconocido para los terrestres, a pesar de ser el vecino más cercano. Venus es un hermoso, planeta, pero oculto a los ojos de la Tierra. Siempre estamos rodeados de una gran masa de nubes, pero debajo de ellas existe vida y unas condiciones atmosféricas muy parecidas a las terrestres. Nuestra civilización es mucho más antigua y para nosotros los vuelos interplanetarios han dejado de ser un problema, mejor dicho, dejaron de serlo hace ya muchos años, pero nunca nos hemos preocupado de explorar o querer conquistar otros planetas. Hemos hecho vuelos con fines científicos pero, a partir del año 1940 terrestre, las cosas sufrieron un cambio. En contra de nuestra voluntad nos vimos obligados a intensificar nuestros vuelos siderales y a estudiar los otros planetas del sistema solar e incluso algunos del sistema de Sirio.

—¿Qué ocurrió en 1940 en Venus?—preguntó intrigada Ivonne que se sentía atraída por lo maravilloso del relato de Aster.

—Marte nos atacó por primera vez. El ataque fue rechazado y nuestro enemigo cambió el frente de combate. Para asaltarnos con

más probabilidades de éxito decidió asaltar primeramente a la Tierra y usarla como trampolín para sus futuros ataques contra nosotros. Una empresa así no es cuestión de días, ni de semanas ni de meses; hacen falta años para poderla llevar a feliz término… y ahora ha llegado la hora. Marte está dispuesto y preparado para desencadenar el ataque. Solamente es cuestión de días, quizás de horas.

Aster se interrumpió dominado por la fatiga, pero haciendo un esfuerzo sobrehumano continuó hablando.

—Durante estos años la gente de Marte ha estado estudiando la Tierra… y nosotros también. Solamente después de cinco años empezaron los terrestres a observar algunas anormalidades que han resultado difíciles de explicar.

—Clay—dijo Ivonne interrumpiendo a Aster—, recuerda que fue en 1947 cuando se registró la presencia de platillos volantes sobre la Tierra.

—Efectivamente—replicó Aster—, durante el año que ustedes llaman 1947, las astronaves marcianas llegaron a la Tierra y unos meses después lo hicieron las nuestras, pero con anterioridad a estos vuelos, habíamos mandado, igual que los marcianos, nuestras pequeñas astronaves exploradoras. Eran naves-robots, de forma esférica, que cruzaban el aire terrestre como bolas de fuego. En realidad no eran, ni son otra cosa, que detectores ultra-sensibles. Fueron estos «robots» los que levantaron planos topográficos, fotografías, densidad de la atmósfera, etc. Después llegaron nuestras astronaves periódicamente a la Tierra. Actualmente nos hallamos enterados de todas cuantas cosas pueden interesarnos. Sus costumbres, usos, lenguas, secretos militares, incluso sus reacciones… y todo cuanto pueda tener importancia para nosotros, pero también los marcianos están en poder de esta información.

Varias veces nuestras astronaves han aterrizado en la Tierra y en dos ocasiones hemos sostenido combates con fuerzas marcianas que también habían tomado tierra.

—¿Cuál es la misión de ustedes en nuestro planeta ?—preguntó Clay.

—Una bastante delicada y de vital importancia para todos, precisamente por esto intentaron eliminarme.

Se interrumpió nuevamente y después de respirar profundamente continuó diciendo:

—Vine a la Tierra en una misión muy especial, pero igual que nosotros tenemos espías en Marte ellos los tienen en nuestro planeta… y en el de ustedes. Como estaban sobre aviso, al entrar en la atmósfera terrestre fui atacado por varias astronaves marcianas. Sufrí una avería de consideración y después de muchas dificultades pude llegar hasta

la superficie terrestre. Escondí mi astronave entre las ruinas de una vieja casona, situada en las afueras de la ciudad y me dispuse a llevar a efecto mi misión, pero tres de mis enemigos me atacaron antes de entrar en New-York, produciéndome las heridas que ustedes han curado... y el resto ya lo saben.

Clay meditó durante unos instantes. El silencio se hizo penoso hasta que fue roto por el periodista.

—Aster, lo que no comprendo es cómo no acabaron con usted. Las armas que usan son de una efectividad terrible.

—Llevaba mi cazadora de vuelo—respondió el venusiano—y esto me defendió de sus disparos electrónicos, pero tuve que desprenderme de ella ya que me impedía una total libertad de movimientos.

—¿Podemos saber la naturaleza de su misión? —preguntó a su vez Ivonne.

—He venido a la Tierra para tratar de averiguar lo que les ha ocurrido a varios eminentes cirujanos terrestres—respondió solamente Aster.

—¿Qué puede haberles ocurrido aquí?—preguntó Clay.

—Aquí, en la Tierra, nada, pero estos hombres fueron raptados y llevados violentamente a Marte. Hace tres semanas, estos hombres regresaron y ahora continúan haciendo una vida normal. Algo de vital importancia tiene que haberles ocurrido en Marte, ya que en caso contrario su secuestro no tendría razón de ser. Mi misión es averiguar lo que pueden haber tramado los marcianos.

—¿Conoce los nombres de estos cirujanos? —continuó preguntando Clay.

—Sí, y seis de ellos son norteamericanos.

—¿Hay de otros países?

—En realidad hay de todas las naciones que componen la Tierra.

—Yo averiguaré lo que ha pasado con estos hombres—afirmó Clay.

—Gracias—respondió Aster mientras cerraba los ojos debido al cansancio que sentía—, pero ande con mucho cuidado, pueden ser peligrosos.

—Lo tendré.

—Hay que darse prisa—continuó diciendo Aster manteniendo los ojos cerrados—. Los marcianos atacarán tan pronto tengan dispuestas sus flotillas de asalto.

Cuando Aster terminó de hablar trató de sonreír, pero su sonrisa se convirtió en una extraña mueca de dolor. Sus heridas le dolían profundamente y no tardó en dormirse.

Ivonne, al ver que el venusiano dormía se dirigió a Clay y le preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Ver lo que hay de cierto en esta historia. Comprenderás que se sale de lo normal… pero existen estas terribles armas que me obligan a creer que es cierta.

—Desconoces las direcciones de estos cirujanos que según Aster fueron raptados y ahora está demasiado agotado para dártelas.

—Lo arreglaré en un instante—respondió Clay dirigiéndose al teléfono y marcando un número esperó la contestación. Esta no se hizo esperar.

—¿El capitán McGinley?—preguntó el periodista.

—El mismo—respondieron al otro extremo.

—¡Hola, Mac! Soy Clay Dickson.

—¡Hola, embadurnador de cuartillas! ¿Tienes algún muerto en la conciencia y quieres confesar? Ya sabes que mi mayor alegría sería llevarte a la silla eléctrica.

—No, viejo rastreador, pero seguramente lo tendré pronto. Escucha, Mac, me hacen falta unos datos para escribir un reportaje y tú puedes dármelos.

—Seguro que puedo… pero no me da la gana hacerlo. La última vez que te di cierta información me metiste en un lío gordo.

—Fue una desgracia, esta vez no ocurrirá lo mismo.

—Puedes asegurarlo… pues no te daré ni mi dirección.

—¡MacGinley!—gritó Clay—, sabes que te conviene estar en buenas relaciones conmigo. Recuerda que si ascendiste a capitán, a pesar de esta dura cabezota que sostienes sobre los hombros, fue debido a una información que yo te di… y aún puedo darte otra que te llevará a ser jefe de la policía metropolitana.

—…o al patíbulo, pero de todas formas tú ganas. Pregunta, pero te advierto que si me metes en algún lío yo mismito cerraré las correas de la silla eléctrica sobre tus sucias muñecas.

—¿Ha habido algunas desapariciones últimamente ?—preguntó Clay mientras una sonrisa de triunfo aparecía en sus labios.

—Solamente las corrientes—respondió el policía—. Hombres que huyen de sus esposas… lo cual no es ningún delito, periodistas que se emborrachan para olvidar sus deudas, estibadores que huyen de sus suegras. En fin, tú ya conoces estas desapariciones periódicas.

—Sí, las conozco, pero me refiero a las de cierta importancia.

—Pues lo siento, Clay, la ciudad está tranquila.

—McGinley, presta mucha atención. Me interesa saber si

últimamente ha ocurrido algo con unos eminentes cirujanos.

Después de un breve silencio, McGinley contestó:

—¡Ah!, pues sí, algo ocurrió, pero nosotros no llegamos a intervenir.

—¿Qué ocurrió?—preguntó Clay verdaderamente interesado.

—Dos médicos de esta ciudad desaparecieron sin dejar rastro. Parece ser que salieron de sus consultorios acompañados de unos individuos desconocidos y después se desvanecieron en el aire como si fuesen humo…

—Sin saberlo has acertado—comentó Ivonne que seguía la conversación con el oído pegado al auricular telefónico.

—…recibimos la correspondiente denuncia de sus familiares—continuó diciendo el capitán— pero tres horas después los mismos interesados la retiraron, diciendo que había sido un error.

—¿Fueron los mismos cirujanos los que la anularon?

—Pues creo que no. Llamaron por teléfono y después uno de nuestros agentes pasó por sus domicilios y los familiares confirmaron la declaración telefónica, diciendo que había sido una falsa alarma. Comprenderás que ante estas palabras nosotros no podíamos intervenir. Tenemos que respetar la vida privada de los ciudadanos y puede ser que ambos doctores hubiesen decidido «echar una canita al aire».

Una leve carcajada del capitán acompañó estas últimas palabras.

—¿En el resto del país ha habido más desapariciones de esta índole?—preguntó Clay, cuyo rostro se había ensombrecido rápidamente.

—Espera un momento. Consultaré los ficheros.

Clay volvió el rostro hacia Ivonne y le dijo:

—Aster ha dicho la verdad. Todo esto está muy confuso pero me da muy mala espina.

La muchacha no respondió pero la mirada que lanzó a su amigo decía bien claramente que también ella veía las cosas muy mal.

—¡Clay!, ¿me escuchas?

—Habla, Mac.

—Dos médicos desaparecieron en San Francisco, uno en Chicago y otro en Denver. Lo curioso del caso es que los cuatro se «esfumaron» a la misma hora y en el mismo día que nuestros dos conciudadanos. ¿Qué sabes tú de este asunto?

—Hasta ahora poco, pero creo que sabré algo más. Moviliza a todos tus sabuesos y trata de averiguar cuántos cirujanos desaparecieron por aquellas fechas en todo el mundo.

—Lo haré, puedes tener la seguridad de ello.

—Ahora dame las direcciones y los nombres de los dos médicos de New-York.

—Toma nota. Uno de ellos se llama Dan Belmont, vive en la calle Howell, 7. El otro es el Dr. Edgar Rourke y su domicilio es Michigan Avenue, 18. Buena suerte y no olvides lo prometido... quiero ser jefe de la policía metropolitana. Yo te llamaré cuando sepa algo más.

Clay colgó el teléfono y una expresión de estupor apareció en su rostro.

—¡La historia de Aster es cierta hasta sus más mínimos detalles!—exclamó.

—¿Qué piensas hacer?—preguntó Ivonne.

—Iré a ver a este par de cirujanos «viajeros interplanetarios» y veré qué es lo que me dicen.

—No te lo aconsejo, Clay, recuerda que estos hombres han estado en Marte y que pueden resultar peligrosos.

—¡Y un rábano¡—respondió Clay.

—No olvides que se trata de algo más importante que un simple reportaje—añadió Ivonne- - y que ya tenemos un herido en casa.

El periodista contempló largamente el tendido cuerpo de Aster y una enigmática sonrisa apareció en sus labios.

* * *

Refugiado en un portal delante del nº 7 de la calle Howell, Clay Dickson esperaba que el último cliente del Dr. Belmont saliese de la consulta.

Hacía bastante que había anochecido y una fina lluvia caía empapando las ropas de los escasos transeúntes. La iluminación de la calle era bastante deficiente y Clay tenía que esforzarse para distinguir las siluetas de los hombres y de las mujeres que iban saliendo de la casa del médico.

Finalmente la puerta se abrió y un hombre salió del consultorio. Encendió un cigarrillo y después se perdió rápidamente en la oscuridad.

—El último—dijo Clay para sí.

Cruzó la resbaladiza calle y llamó en el domicilio del médico. La puerta se abrió nuevamente y una linda enfermera apareció.

—Deseo ver al doctor—dijo Clay.

—La consulta ha terminado, señor, tendrá que volver mañana.

—No quiero que me visite. Mi asunto es particular… y urgente, señorita.

—En este caso, pase usted. Llamaré al doctor.

Clay penetró en la casa y tomó asiento en un cómodo sillón. Instintivamente cogió una de las revistas que había sobre una pequeña mesa y empezó a hojearla mientras esperaba al Dr. Belmont,

Este no tardó en presentarse. Era un verdadero gigante, más que eminente cirujano parecía un campeón de lucha libre y resultaba incomprensible que sus grandes manos fuesen capaces de llevar a feliz término las delicadas operaciones quirúrgicas que le habían dado fama internacional.

—«Este hombre debe poseer una fuerza extraordinaria»—pensó el periodista mientras se ponía en pie para saludar al doctor.

—Me ha dicho la enfermera que quería usted verme para un asunto personal y muy urgente. Usted dirá, señor…

—Clay Dickson—se presentó el periodista tendiendo la mano al doctor—. Efectivamente, quisiera hablar con usted reservadamente, si no le causo mucha molestia.

—En absoluto—respondió el doctor, y en sus labios apareció una amable sonrisa—. Tenga usted la bondad de pasar a mi despacho.

Clay inclinó la cabeza dando las gracias y pasó al despacho del Dr. Belmont. Por una puerta lateral entreabierta pudo distinguir una mesa de operaciones y diferentes utensilios clínicos. Tomó asiento en el cómodo sillón que el doctor le ofreció y se dispuso a empezar sus preguntas.

El médico permaneció en pie junto a la mesa, diciendo:

—Siempre tengo costumbre de atender a mis pacientes estando en pie y aunque usted no sea realmente un paciente mío, la fuerza de la costumbre me impide sentarme; puede usted empezar, señor Dickson.

—Doctor, según tengo entendido, usted desapareció de una forma un poco misteriosa hace una temporada y después regresó tan misteriosamente como había desaparecido. Sé que esto no es de mi incumbencia, pero mi profesión de periodista me obliga, algunas veces, a hacer preguntas indiscretas.

—Comprendo perfectamente y no me molesta —dijo el Dr. Belmont sin abandonar su amable sonrisa—. pero me permitirá que también yo le haga unas preguntas primeramente.

—Es muy lógico—respondió Clay.

—¿Cómo se ha enterado de mi desaparición?

Había un extraño brillo en los ojos del eminente cirujano, como si en ellos no existiese vida. Parecían los ojos de un autómata y fue esta

falta de vida lo que obligó a Clay a no decir la verdad.

—Me enteré por casualidad en una de mis visitas a la delegación de policía en busca de noticias.

—Bien. ¿Ha comentado mi «desaparición» con algún amigo suyo?

—En realidad, no. De momento yo no di ninguna importancia a ello. Pensé que incluso los sabios tienen derecho a unas horas de vacaciones y además las chicas de los «music-halls» son tan agradables que…

Clay dejó el resto de la frase en el aire y el doctor sonrió más abiertamente, pero no era sincero.

—Pero hoy — continuó diciendo Clay—, al pasar por delante de su casa he visto la placa con su nombre y he pensado que a lo mejor su desaparición no tuvo nada que ver con las chicas de vida alegre y sí con alguna investigación secreta de vital importancia para la humanidad. Pensé que podía hacer un buen artículo… y aquí estoy:

El Dr. Belmont sonrió siniestramente y dijo:

—Desde luego podrá hacer usted un buen artículo, solamente le ruego que mi nombre no salga a relucir. Puede empezar a preguntar.

—¿Motivos de su desaparición?—preguntó Clay que ya había sacado su estilográfica y el block de notas.

—Rapto—respondió secamente el doctor.

—¿Fue secuestrado? — continuó preguntando Clay que escribía rápidamente.

—En realidad puedo decir que sí.

—¿Quiénes fueron sus raptores?

—-Dos hombres.

—¿Los conocía?

—Entonces, no.

—¿A dónde le llevaron?

—A Marte.

—¿ Dónde ha dicho usted ?—preguntó Clay haciendo ademán de levantarse.

—Al planeta Marte—repitió el médico sin que su rostro sufriese la menor alteración.

«Marte» fue la última palabra que Clay nudo oír. El Dr. Belmont, el eminente cirujano de fama internacional se había separado de la mesa y su puño había caído con fuerza sobre la cabeza del periodista.

El brutal e inesperado golpe acertó a Clay en la sien izquierda, arrojándole violentamente del sillón, cayendo al suelo fulminado.

El médico continuaba sonriendo cuando se inclinó sobre él y

después de comprobar si se hallaba realmente inconsciente, lo arrastró hacia la entreabierta puerta del consultorio clínico.

Cuando Clay recobró el conocimiento la cabeza le dolía terriblemente. Trató de levantarse pero fuertes correas le mantenían sujeto a la mesa de operaciones. A su lado el Dr. Belmont sostenía una fina aguja hipodérmica entre sus dedos.

—¡Hola, amigo Clay Dickson!, me alegro de verle de nuevo entre nosotros. De momento, creí que mi golpe había sido demasiado violento.

—¡Suélteme o lo sentirá!—gritó Clay tratando de romper las fuertes ligaduras que lo mantenían inmóvil.

—No tan aprisa, amigo. Dentro de unos minutos me agradecerá las molestias que me estoy tomando por usted.

—¡Nada tengo que agradecer!—exclamó Clay continuando en sus desesperados esfuerzos para romper las ligaduras.

—No se esfuerce, nunca podrá romperlas—dijo el Dr. Belmont mientras continuaba manipulando con la aguja—. Escuche, usted quería un buen reportaje y lo tendrá, ¡será el primer repórter interplanetario de la Tierra. Me preguntó dónde había estado y yo se lo dije francamente y ahora vuelvo a repetírselo. ¡En el planeta Marte!... y nunca me arrepentiré de ello. Agradezco a los mandos superiores que me eligiesen a mí, ¡al Dr. Belmont! Los marcianos somos los que vamos a dominar al mundo, al Universo y usted, Clay Dickson, dentro de diez minutos justos será un marciano más destacado en la Tierra con una misión especial.

—¡Usted está loco! Solamente es un terrestre dominado por una obsesión.

—No lo crea, Clay, lo era antes de haber ido a Marte, pero ahora soy un marciano. Mira, Clay, y no te extrañe que ya te tutee, vamos a ser correligionarios dentro de unos instantes. Mira esta aguja que tengo entre las manos, es fina, delgada como un cabello y ha sido fabricada en Marte. A pesar de su extrema delgadez, su interior esta vacío, ¿Parece imposible, verdad?, pero nada lo es para nosotros, los conquistadores del Universo. A través de ella inyectaré en tu cerebro un líquido. Tú no sentirás nada, ni el más mínimo dolor... y en pocos segundos dejarás de ser un pobre terrestre para convertirte en un marciano, lleno de fuerza y de inteligencia. Saldrás ganando en el cambio, Clay, puedes estar seguro de ello.

El periodista observó angustiosamente los movimientos del médico. Añora comprendía toda la horrible verdad y el motivo del secuestro de los eminentes cirujanos que fueron llevados a Marte. Allí habían sufrido una operación como la que el Dr. Belmont quería practicar con él y a causa de ella sus mentalidades terrestres habían

sido transformadas en marcianas. Loa médicos habían sido elegidos porque eran precisamente ellos los que podían, gracias a su situación, ir creando una fuerza marciana dentro de la Tierra.

—Crear una «quinta columna marciana» en la Tierra que les allane el terreno para una futura invasión—pensó Clay mientras observaba los movimientos del médico.

Este, sin ningún nerviosismo, acopló una jeringuilla a la aguja; después la introdujo en un pequeño frasco y la cargó con un líquido de color grana.

—Llegó la hora, Clay, la hora de tu felicidad. Despídete de tu condición de terrestre… si es que vale la pena hacerlo.

El médico, manteniendo la jeringuilla entre sus dedos se fue acercando al maniatado periodista. Se colocó junto a su cabeza y Clay sintió como los cabellos de la parte posterior eran separados por la mano del doctor.

Cerró los ojos esperando el pinchazo que tenía que convertirlo en otro ser… o mandarlo a la eternidad. Sintió la frialdad del alcohol en su cráneo y no pudo evitar el pensamiento de que el Dr. Belmont era extremadamente cuidadoso, incluso en sus asesinatos a sangre fría. El médico cuidaba de desinfectar la región craneana en donde tenia que hundir la aguja.

—Todo esta dispuesto, Clay, ahora un ligero pinchacito y la aguja se introducirá en tu cabeza, después en tu cerebro y finalmente el líquido penetrará en las partes más sensibles y serás un marciano.

El doctor se inclinó sobre el periodista dispuesto a hundir la aguja en el cráneo. Clay pudo sentir como la afilada punta rozaba ya su cabeza y empezaba a introducirse en su piel y…

—¡Alto!

La seca orden resonó como un pistoletazo en el amplio consultorio. La mano del Dr. Belmont se inmovilizó en el preciso momento en que ya una gota de sangre había brotado de la cabeza de Clay.

—¿Quién es usted y que busca aquí?—gritó el doctor abandonando la jeringuilla. Rápidamente una de sus manos se Hundió en el bolsillo de su bata blanca.

Clay reconoció la voz de Ivonne y desde lo más profundo de su ser agradeció su oportuna intervención.

—Soy una amiga de este hombre que tiene usted atado a la mesa de operaciones y he venido en su busca.

La voz de Ivonne no temblaba al dar esta respuesta.

—«Valiente muchacha»—pensó Clay.

—Este hombre es un cliente mío y usted no tiene ningún derecho a

penetrar violentamente en mi domicilio.

—Mi amigo no está enfermo y me consta que si se halla en esta situación no es por su voluntad. Desátele inmediatamente.

El doctor se había separado de la mesa de operaciones y ahora se hallaba junto a un blanco armario provisto de un gran cristal. Su mano continuaba hundida en su bolsillo.

—Cuidado, Ivonne—avisó Clay—, no te confíes, este es un hombre peligroso.

El aviso llegó oportunamente, ya que el Dr. Belmont, dando un ágil salto, trató de asir a la muchacha, pero ésta, con una serenidad pasmosa, hizo fuego con la pequeña pistola que empuñaba desde el momento que penetró en el consultorio.

El doctor se tambaleó durante unos breves instantes mientras el arma que había desenfundado se escapaba de su mano y cala contra el limpio suelo produciendo un seco ruido. La misma mano que había sostenido el arma se elevó hasta su corazón y sus dedos se llenaron de sangre que brotaba de su pecho. La inmaculada bata blanca aparecía roja. Dio un traspiés mientras en su rostro aparecía una expresión de asombro. Intentó acercarse a la muchacha, pero sus piernas no respondieron al esfuerzo y trató de apoyarse en el armario que tenía junto a sí. Sus dedos se engarbaron sobre el borde metálico, en un inútil intento para mantenerse en pie, pero lentamente fueron resbalando y finalmente el doctor cayó contra el suelo, arrastrando el pesado armario que se derrumbó con gran estrépito.

Al apretar el gatillo, Ivonne había cerrado los ojos y cuando los abrió nuevamente, ya el cadáver del doctor aparecía sobre el suelo rodeado de cristales… y de sangre.

—Suelta estas malditas correas, rápido—ordenó Clay.

La muchacha, sosteniendo aún la pistola en su mano se acercó a la mesa de operaciones y silenciosamente fue soltando las fuertes correas que sujetaban a Clay,

—¿Cómo estás?—pudo preguntar finalmente,

—Bien… gracias a ti. Sin tu oportuna llegada a estas horas sería yo un marciano… o un terrestre muerto—contestó el periodista haciéndose cargo del arma de la muchacha—. Ahora tenemos que huir rápidamente de aquí, pues desconocemos lo que hay en esta casa y nuestros enemigos no se andan con trapos calientes.

Empuñando firmemente la pistola. Clay seguido de Ivonne se encaminó hacia la puerta. Un gran silencio reinaba en toda la casa y pudieron llegar hasta la salida sin ningún tropiezo.

Una vez en la calle se encaminaron rápidamente hacia su pequeño apartamento, pero al abrir la puerta de éste se encontraron con la

segunda sorpresa del día.

Todo aparecía revuelto, los muebles desplazados de su sitio y sobre el suelo estaba el cuerpo de Aster, casi desnudo... y con un cuchillo hundido en su garganta.

Clay se inclinó sobre el desconocido del Central Park en busca de algún signo de vida. Cuando se levantó dijo simplemente:

—Está muerto.

—¿Qué hacemos ahora? — preguntó Ivonne que no se había movido del lado de la puerta.

—Huir de aquí. Esta casa está bajo la vigilancia de nuestros enemigos y las próximas víctimas seremos nosotros.

—¿Por qué no avisas a la policía?

—Por dos razones, querida Ivonne—contestó Clay inclinándose sobre el suelo para recoger la extraña pistola de rayos electrónicos—. Primeramente porque tenemos un cadáver a nuestro cargo, el del Dr. Belmont, y segundo porque ¿qué podríamos contarles? Esta historia de Marte y de Venus resulta inverosímil v lo único que lograríamos es ingresar en un manicomio. No; tenemos otras cosas que hacer.

—¿Qué?—-quiso saber la muchacha.

—Simplemente, buscar la astronave que pilotó Aster. Cuando la encontremos tendremos una prueba de que nuestra historia es cierta y podremos recurrir a la milicia.

—Pero... ¿dónde podemos hallarla?

—Aster dijo que la había escondido en las afueras de la ciudad, en una casona destruida. No abundan mucho las casas así por los alrededores de New-York. Con un poco de paciencia y de suerte la hallaremos.

Los dos amigos abandonaron el apartamento y salieron a la calle. Clay lanzó miradas escrutadoras en busca de posibles enemigos, pero al ver la calle completamente desierta respiró más tranquilo.

—Vamos a alquilar un coche y a emprender la búsqueda de esta astronave venusiana.

* * *

Continuaba lloviendo cuando un potente coche negro se detuvo cerca de la derruida casa. Eran las cinco de la madrugada y la oscuridad era completa. El silencio de la noche solamente quedaba roto por las gotas de lluvia que caían sobre el techo del negro automóvil.

En el interior de éste se encendió una cerilla y después de prender

fuego a dos cigarrillos se apagó rápidamente.

Clay Dickson dejó escapar una nube de humo y dirigiéndose a la muchacha sentada a su lado dijo:

—Según el plano ésta es la última casa derruida que nos queda por visitar. Llevamos muchas horas buscando y casi he perdido la esperanza de hallar esta misteriosa astronave y si no fuera por esta rara arma de rayos electrónicos creería que todo ha sido una pesadilla.

—Dentro de poco saldremos de dudas—respondió la muchacha en cuyo rostro se reflejaba bien claramente el cansancio que la dominaba.

—Pienso que esta aventura te va a arruinar. Entre el alquiler del coche, la gasolina gastada, la cena, el café y los cigarrillos te has gastado el sueldo de tres meses. Te veo en la indigencia… como yo.

—No te preocupes, Clay; si hallamos la astronave seremos las figuras más célebres del año y no tendremos que preocuparnos por dinero. Este vendrá a nosotros en grandes cantidades… y si no la encontrarnos tampoco debemos preocuparnos mucho pues alguien se encargará de mantenernos.

—¿Quién?—preguntó Clay apagando el cigarrillo.

—El Gobierno Federal nos pagará la comida y la casa durante treinta anos—trató de bromear Ivonne aunque su voz temblaba ligeramente.

—Vamos—contestó Clay abriendo la portezuela—, no pensemos en lo peor.

La muchacha le siguió y sus pies se hundieron en la capa de sucio barro que cubría el suelo. Al llegar junto a la casa, Ivonne apoyó su mano en el brazo de Clay como si buscase amparo en la oscuridad.

El periodista le dio unos golpes cariñosos y después, encendiendo una linterna eléctrica dejó que la luz recorriese toda la fachada de la casa.

—Es un buen lugar para ocultar algo—dijo a modo de comentario.

—Sí, es muy solitario.

Con pasos cautelosos fueron dando la vuelta a la derruida casona. Al llegar a la parte trasera, un montón enorme de maderas y ramas les llamó la atención. Clay, abandonando toda precaución, se dirigió rápidamente hacia allí… pero una fuerte sacudida lo lanzó contra el embarrado suelo.

Dejando escapar una exclamación se puso en pie y a pesar de lo angustioso de la situación, Ivonne no pudo reprimir una carcajada que tuvo la virtud de romper la tensión que empezaba a apoderarse de los dos.

—Supongo que estaré hecho un verdadero cromo—bromeó Clay

tratando de limpiarse el rostro consiguiendo únicamente extender más el barro que lo cubría.

—Sí, pero dime, ¿qué es lo que te ha ocurrido?

El periodista se aproximó a la muchacha y poniendo sus manchadas manos sobre los hombros de ella dijo lentamente:

—El Estado no nos mantendrá, querida. ¡Hemos hallado la astronave! La sacudida que termino de recibir me lo demuestra bien claramente. Aster, al abandonar el aparato debió protegerlo rodeándolo de una zona electrificada... pero debe existir un pasillo dentro dé este campo eléctrico... y lo encontraré, aunque me pase la vida entre el barro.

Y soltando a la muchacha se dirigió nuevamente hacia el montón de maderas que cubrían la astronave... y una nueva sacudida lo lanzó contra el suelo.

Sin articular palabra, el periodista volvió a levantarse y a intentar hallar el pasillo que tendría que conducirlo hasta la nave espacial.

Una docena de veces fue lanzado contra el barro y una docena de veces volvió a levantarse apretando las fuertes mandíbulas. Finalmente su tenacidad tuvo el premio deseado. Halló una zona libre y la fue siguiendo, pero dos veces que se apartó de ella, dos veces que fue lanzado contra el barro. Al llegar a dos yardas escasas del montón de madera pudo ya andar libremente alrededor de la cubierta astronave.

—Sigue el mismo camino que yo. Ivonne—dijo a la muchacha que silenciosamente había contemplado los esfuerzos de su amigo para hallar aquél estrecho pasadizo libre de electricidad—. El campo eléctrico no tiene efectividad alrededor de la nave.

La muchacha obedeció y lentamente, con muchas precauciones, fue siguiendo las pequeñas señales que Clay había ido dejando en el suelo. Una leve distracción la hizo caer dentro del campo defensivo de la astronave y su bello rostro se hundió en el sucio barro que cubría el suelo. Sin otro contratiempo pudo llegar junto a Clay que al verla no pudo evitar el soltar una alegre carcajada que sonó gratamente a los oídos de la muchacha.

—Ahora estamos igual de feos los dos—dijo el periodista empezando a quitar las ramas y las maderas podridas que cubrían la astronave venusiana. Ivonne le ayudó entusiasmada.

Cuando la astronave apareció ante sus ojos, una exclamación de sorpresa brotó de los labios de los dos terrestres. Ante ellos tenían lo más maravilloso que se había visto y proyectado en materia de astronaves espaciales. Incluso la loca imaginación de los escritores y dibujantes futuristas se había quedado atrás.

Empezaba a amanecer y a la pálida luz pudieron contemplar detalladamente el aparato que había llegado de otro mundo.

—Parece un submarino atómico—dijo Ivonne fin levantar la voz como si temiese romper el encanto.

Efectivamente, la astronave tenía toda la forma de un submarino atómico… y casi su tamaño. Era enorme, pero tan proporcionada y sus líneas eran tan finas y calculadas que no parecía pesada. Sus constructores debían dominar a la perfección la astronáutica sideral y estar perfectamente documentados de las presiones terrestres.

Clay, seguido de la muchacha, fue dando la vuelta a la astronave. Completamente pintada de color gris claro se destacaba fuertemente sobre el suelo parduzco. En la proa un enorme cristal combado permitía una perfecta visión a los hombres que la tripulasen. Infinidad de tubos aparecían en su popa, junto a las pequeñas aletas que seguramente servirían para darle estabilidad durante el vuelo interplanetario. Clay halló una pequeña ranura en el centro del aparato y dirigiéndose a Ivonne dijo:

—Seguramente aquí tenemos la entrada. Vamos a probar.

Apoyó la mano sobre la apenas perceptible ranura y silenciosamente se abrió una amplia compuerta. El interior de la astronave permanecía oscuro, pero al poner el periodista un pie dentro, una iluminación verde se encendió automáticamente.

Ivonne siguió al periodista que parecía que se había olvidado de su presencia. Los ojos de la muchacha fueron siguiendo todos los detalles que ante ellos aparecían.

Los dos terrestres se hallaban en una amplia habitación metálica cubierta de extraños aparatos. Distintas puertas aparecían a los lados y por una de ellas, que estaba abierta, pudieron contemplar a la sala de mandos. El periodista se dirigió rápidamente hacia allí y a la luz verdosa contempló el complicado cuadro de botones, pulsadores, cronómetros, etc., que se extendía ante los dos cómodos sillones situados detrás del amplio cristal de proa.

Clay permaneció unos minutos en silencio estudiando todos los detalles. Finalmente habló para decir:

—Creo que voy entendiendo algo. A pesar de haber sido piloto de pruebas del X-15 el avión más rápido que poseemos, tengo que reconocer que soy un simple aprendiz de piloto.

—Mira—continuó diciendo señalando una pequeña llave situada en el tablero de mandos—. Esto es lo que gradúa el campo eléctrico que protege a la nave. Si aumento la carga eléctrica verás algo curioso.

El periodista le dio un cuarto ele vuelta a la llave… y las ramas y

maderas que habían quedado dentro del campo defensivo fueron carbonizadas en un abrir y cerrar de ojos.

—Algo así me figuraba yo—dijo volviendo a poner la llave como estaba antes.

—¡Es horroroso, Clay! imagínate que hubiésemos entrado cuando la…

La muchacha se interrumpió secamente al ver que una de las pantallas situadas al lado de los sillones de mando se iluminaba. También Clay fijó la mirada en el reluciente cristal iluminado. Iba a decir algo a Ivonne cuando una voz resonó en el interior de la astronave. Era una voz metálica que salía de la pantalla, hablando una lengua desconocida para los terrestres.

Clay, dominando su asombro se acercó al aparato y estableció la conexión. Tardó en hacerlo ya que no acertó la primera vez, pero cuando quedó establecida, en la pantalla de televisión apareció el rostro de un hombre que continuó hablando en la desconocida lengua, pero luego una expresión de asombro apareció en su rostro y rápidamente llegaron hasta los terrestres unas palabras pronunciadas en correcto inglés.

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen en el interior de la astronave?

—Somos terrestres, habitantes de New-York y amigos de un hombre llamado Aster.

—¿Qué le ha ocurrido a nuestro enviado?

—Ha muerto.

El venusiano de la pantalla de televisión pareció quedar anonadado por la noticia. Clay continuó explicándole todo lo ocurrido sin olvidar ningún detalle. Cuando terminó de hablar, el venusiano dijo:

—Tengo malas noticias para los terrestres. Marte nos ha atacado por sorpresa, destruyendo completamente toda nuestra flota interplanetaria. Las astronaves marcianas se dirigen rápidamente hacia la Tierra. Dentro de cuarenta y ocho horas se abatirán sobre el planeta de ustedes, destruyendo todo signo de vida. Sus horas están contadas.

—¿No se puede hacer nada para evitarlo? —preguntó Clay por cuyo rostro resbalaban gotas de sudor.

—No. Ustedes no tienen armas adecuadas para repeler el ataque. Nosotros habríamos ido en su ayuda si no hubiesen destruido nuestra flota de astronaves, pero los marcianos lo sabían y por esto, el primer ataque ha sido contra nosotros. Nuestras naves son más potentes que las suyas y si las han destruido ha sido debido a una traición. Rápidamente están trabajando nuestros técnicos en reparar una flotilla

de seis. Si terminan a tiempo se las mandaremos. ¿Qué le ocurre a la astronave de Aster?

—Dijo que había sufrido una avería.

—Escuche, siga mis indicaciones y trataré de ponerles en condiciones de resistir el ataque marciano, al menos de resistir hasta que nuestras astronaves lleguen a la Tierra. Junto al tablero de mandos hay un botón de color rojo. Apriételo; es un robot mecánico que localizará la avería en décimas de segundo y la reparará automáticamente. Coja un aparato de grabación que está a su derecha y conéctelo. Yo le daré las instrucciones necesarias.

Clay fue cumpliendo todas las órdenes que le daba el venusiano y cuando cuatro horas después abandonaba la astronave acompañado de Ivonne, se hallaba en poder de una gran cantidad de datos necesarios para la defensa de la Tierra. Ahora, Clay Dickson, periodista, expulsado por camorrista, se hallaba en condiciones de poder pilotar la astronave de Aster.

En compañía de Ivonne volvió a recubrir toda la nave con las ramas y maderas que anteriormente la cubrían y después, a toda velocidad, regresaron a la ciudad.

La lucha entre planetas había comenzado y las horas estaban contadas. La muerte y la desolación se iban a extender por amplias zonas de la Tierra y el espacio se llenaría con las azuladas llamaradas de las armas electrónicas. Era la guerra, pero una guerra total.

* * *

—...y esta es toda la historia—terminó Clay fijando su mirada en los diversos generales que habían escuchado su relato.

El periodista, la muchacha y el capitán McGinley, de la Policía Metropolitana de New-York que les había acompañado, estaban reunidos con los generales del Mando Estratégico de los Estados Unidos de América. Por razones de seguridad, Clay e Ivonne habían puesto al corriente de todo lo ocurrido al capitán McGinley. Este les acompañó nuevamente a la astronave y al poder contemplarla con sus propios ojos tuvo que creer en toda la extraña historia que le habían contado sus amigos.

Siguiendo las indicaciones de Clay fue a casa del fallecido Dr. Belmont, en donde recogió la jeringuilla, la aguja hipodérmica y el frasco conteniendo el líquido. Ahora, las tres cosas se hallaban en uno de los laboratorios del Pentágono, así como el cerebro del doctor.

—¡Es completamente inverosímil!—estalló el general jefe de las Operaciones de Coordinación al oír el final del relato de Clay—.

Estamos en el año 1963 y ya nadie cree en cuentos de hadas… y lo que nos ha contado señor Clay Dickson, es un cuento de hadas muy infantil. Su historia no tiene ni pies ni cabeza, por otro lado voy a demostrarle una cosa.

El general apretó uno de los botones situados en su despacho y no tardó en aparecer un sargento que, cuadrándose ante su jefe esperó órdenes.

—¡Sargento Jones—dijo el general—, ¿cómo llamamos a los que nos vienen con las conocidas historias de que han visto un platillo volante y que han hablado con seres de otros planetas?

—Lunáticos, señor. Ayer recibimos la visita del que hacía el nº 7.320.

—Nada más, sargento; puede retirarse.

Cuando el sargento hubo salido, el general se volvió hacia Clay y le dijo:

—¿Qué le parece ?

—Nada—respondió secamente el periodista—, creo que soy el «lunático nº 7.321».

—General—interrumpió el capitán McGinley— yo he visto la astronave venusiana y he estado en su interior y…

—¡¡Capitán!! — gritó el general dando un fuerte puñetazo sobre la mesa—. A ver si habrá que catalogarlo como el «lunático 7.322». —Después de este estallido de cólera el general se volvió hacia los demás militares que componían la reunión y tratando de sonreír dijo:

—Locura colectiva a causa de excesivo trabajo.

Otro de los generales se dirigió al policía y amablemente le dijo:

—Capitán, es fácil que usted se haya confundido. En el Canadá, durante el año 1959, se hizo una prueba con un aparato volador en forma de platillo. Fue bautizado con el nombre de «Omega Diskus» y desarrollaba una gran velocidad; puede ser que usted haya visto uno de estos aparatos y…

—No.

La negación, por parte de Clay, fue hecha con voz firme en la que vibraba la cólera. Todas las cabezas se volvieron hacia el hombre que tan categóricamente se atrevía a contradecir a uno de los altos jefes del Pentágono.

—El «Omega Diskus» era una triste parodia de un platillo volante, no podía elevarse verticalmente, ni mantenerse quieto en el aire; su fuerza ascensional, 12.000 metros, es ridícula. Nunca podría vencer la fuerza de atracción, no ya de la Tierra, sino de otro cuerpo más pequeño.

Clay se interrumpió durante unos instantes y después continuó diciendo:

—Señores generales, con su permiso voy a refrescarles un poco la memoria y aunque no les guste, voy a hacerles recordar hechos que ustedes mismos tienen archivados en este mismo edificio.

El periodista, sin darse cuenta, había ido elevando el tono de su voz y por un fenómeno muy corriente en las reuniones, parecía que la dirección había pasado a sus manos. Clay, mirando fijamente los rostros de sus oyentes, continuó hablando.

—Ustedes podrán llamar «lunáticos» a los hombres que vienen aquí a contar «cuentos de hadas» sobre los platillos volantes, pero el primer «lunático», el nº 1, fueron ustedes mismos. Fue el Gobierno de los Estados Unidos de América a través de su Departamento de Defensa quien creó la entidad llamada A. T. I. C. (Air Technical Intelligence Center), dedicada especialmente al estudio y a la identificación de los platillos volantes que ustedes mismos bautizaron con el nombre de O. N. I. (Objetos no identificados). La A. T. I. C. reunió y continúa reuniendo gran cantidad de datos y de material de estudio. Después de todos sus experimentos y estudios, solamente ha podido dar una triste explicación. De todos los fenómenos observados sólo pudo dar una explicación científica del 85 % de las apariciones. El 15 restante continúa siendo un misterio… para ustedes.

—Tiene usted razón—dijo uno de los generales de más edad—y yo puedo ampliar su informe, señor Dickson. Los primeros platillos aparecieron sobre la Tierra durante el año 1947, concretamente en el mismo cielo de los Estados Unidos y muy cerca del Monte Rainer pero lo que muy poca gente sabe es que los O. N. I., para emplear la expresión oficial, han causado víctimas, al menos una, entre los habitantes de la Tierra, la del aviador Thomas Mantell[1]. Tuve ocasión de leer el último parte de este hombre y pueden creer que era interesante. Poco después se encontró su cadáver y los restos de su avión. Existe la teoría de que fue destruido al chocar contra la fuerza magnética de un cuerpo extraño de un O. N. I, pero lo cierto es que Mantell murió de una forma desconocida para nosotros.

—Gracias, general—dijo Clay—, entre los periodistas existen muchas fábulas, pero nunca hemos bromeado con los O. N. I. Desde las altas esferas o sea, desde las mismas que me han clasificado como «lunático», se nos hicieron advertencias muy serias. Señor general—continuó diciendo el periodista dirigiéndose al jefe de Operaciones de Coordinación—, ¿puede usted decirme por qué razón el Estado pagó 20.000 dólares por una fotografía hecha por un brasileño llamado Keffer[2]. Parece ser que este hombre logró una estupenda fotografía de uno de los O. N. I., pero el Pentágono aún no la ha publicado. ¿Qué

había en esta fotografía? Ningún Departamento gubernamental paga esta cantidad por una foto de nubes solamente.

—Aún hay más—dijo Ivonne que no había pronunciado ni una sola palabra.

Todas las miradas de los presentes se dirigieron hacia la bella muchacha. Esta, sin perder la serenidad continuó diciendo:

—Me hallaba en París... y usted también, general Jeems—dijo Ivonne dirigiéndose al jefe de Operaciones Coordinadas—...en el aeródromo de Orly, esperando el avión que había de llevarme a mi patria. Iba ya a subir al aparato que tenía que transportarme a New-York y usted, general, subía detrás de mí, cuando en el cielo francés apareció algo luminoso que se detuvo por espacio de largo tiempo sobre el enorme campo de aviación. Después ascendió verticalmente y se perdió en el espacio. El radar lo captó perfectamente y hubo que reconocerle una procedencia extraterrestre, ya que en la Tierra no existía ningún aparato que pudiese efectuar tales malabarismos con la fuerza de atracción. ¿Lo recuerda, general Jeems?—preguntó con sorna la muchacha.

El jefe de Operaciones Coordinadas fijó la vista en la brillante punta de sus altas botas y mantuvo un discreto silencio.

Fue el pacífico, disciplinado y cuidadoso guardador del orden el primero en explotar.

—Soy un hombre que tiene en su cuerpo muchas más heridas de las que pueden reunir todos ustedes juntos—estalló el capitán McGinley completamente rojo por la indignación que le dominaba —...heridas recibidas en plena calle, sosteniendo un arma en defensa de una civilización, de una cultura y de unos principios que creo son los mejores de la Tierra. Nunca me habían llamado loco hasta hoy y estoy dispuesto a...

Nunca nadie pudo saber a lo que estaba dispuesto el valiente capitán de la policía. Los sucesos se desarrollaron con tal rapidez que nadie pudo comprenderlos.

La catástrofe se había abatido sobre la Tierra.

El primer hombre que entró en la sala de reuniones sin llamar a la puerta ni hacerse anunciar por la guardia, fue el Dr. Weiner, jefe de laboratorios. Su bata blanca aparecía manchada de sangre, su cabello revuelto y sus manos esgrimían una jeringuilla de inyecciones y una masa sanguinolenta que, de momento, nadie pudo apreciar lo que era, pero que después pareció un cerebro humano divido en secciones.

—¡General! ¡General!—gritó el hombre de ciencia penetrando en el amplio salón de conferencias.

—¿Qué le ocurre Dr. Weiner?—preguntó el general jefe asombrado

ante la furiosa interrupción.

—¿Quién ha traído esto?—preguntó a su vez el científico esgrimiendo los sangrientos despojos humanos.

—Yo contestó Clay sin esperar la contestación del general—. ¿Ha encontrado algo de interés?

—He inyectado su producto en uno de mis monos experimentales. Siguiendo indicaciones del Alto Mando, inyecté en el cerebro… ¡y el animal… el animal soy yo… me ha trazado en el encerado la trayectoria perfecta del cometa «Hinos», cosa que no habíamos podido lograr todos los científicos de la Tierra!—el Dr. Weiner se interrumpió durante unos segundos y después, con voz apenas audible dijo:

—¡Un mono calcula mejor que yo!

—No, profesor—dijo Clay—, no es el mono, es la droga inyectada en el cerebro lo que lo ha transformado.

—¿La droga dice usted?… existe además la aguja empleada. Durante años hemos luchado por crear una parecida y siempre hemos fracasado, parece que la aguja hipodérmica que ustedes han hecho llegar hasta mis manos no haya sido construida en nuestro planeta.

El pobre doctor Weiner no pudo comprender cómo su frase pudo causar tanto efecto. El general Jeems se derrumbó sobre el sillón que tenía a sus espaldas; su ayudante se apoyó contra la pared, en busca de un punto de apoyo… y los restantes generales sintieron que el vacío se hacía en su interior: sintieron el vacío que la angustia crea dentro de las almas sensibles, la misma angustia desesperante que sentimos cuando un amigo está haciendo el ridículo… y él no se da cuenta.

—¿He dicho algo que no debía?—preguntó el doctor al ver el efecto que habían producido sus palabras.

—No—respondió Clay — al contrario—pero ahora, doctor, quisiera que me explicase con toda clase de detalles lo que ocurre con este cerebro humano que lleva entre sus manos. Siento particular interés en él, ya que yo maté a su poseedor—y al decir esto, Clay miró a Ivonne queriéndole decir:

—«Perdona, ya sé que el cadáver es tuyo, pero ahora lo tomo prestado.»

El Dr. Weiner tomó asiento y después de dirigir una rápida mirada a todos los presentes empezó diciendo:

—Este cerebro, así como la aguja y una botella de líquido llegaron a mis manos hace unas horas, acompañados de una nota del Alto Mando, ordenándome que redactase un informe detallado sobre todo ello. Mi informe es este.

El doctor se interrumpió para ver el efecto de sus palabras, después continuó.

—Este cerebro que tenemos delante ha sido traspasado por una aguja de extremada delgadez, ¡esta que tengo en la mano!—dijo casi gritando el doctor dominado ya por la excitación—. Esta misma aguja inyectó en el cerebro una cantidad de liquido que produjo una enfermedad parecida a la hidrocefalia; este liquido ha influenciado particularmente en algunos sectores de la masa encefálica, cambiando radicalmente la personalidad del poseedor del cerebro. Lo maravilloso del caso es que se haya podido efectuar esta delicada operación sin causar la muerte del paciente... y lo más maravilloso es que, como todos ustedes ya saben, la hidrocefalia produce distensión del cráneo, pero en este caso no se ha producido.

Fue uno de los generales el que interrumpió al sabio para preguntarle:

—Doctor, ¿dónde se ha producido el pinchazo?

—En la parte más delicada del cerebro, precisamente en donde radica la voluntad del sujeto.

—Según usted—continuó diciendo el mismo general—este líquido puede haber cambiado totalmente el carácter del paciente.

—Sí—afirmó categóricamente el doctor.

—En estos momentos habrá en la Tierra miliares de hombres y mujeres que han sufrido esta operación cerebral—dijo Clay—. Hombres y mujeres que habrán dejado de pensar y obrar como terrestres para convertirse en una avanzadilla de Marte en la Tierra.

—¿Qué ocurrió con e¡ otro doctor que había desaparecido en New-York?—preguntó el general jefe de Operaciones Coordinadas.

—Fui a detenerlo-—contestó McGinley—... y tuve que disparar contra él.

—No comprendo lo que ocurre—continuó diciendo el jefe de Operaciones Coordinadas—pero si lo que dicen ustedes es cierto, en la actualidad hay en la Tierra millares de nombres que, poseyendo mentalidad marciana, pueden desencadenar un furioso ataque contra nosotros. Hay que buscar una solución a estas operaciones cerebrales y anular la labor de los marcianos.

Al terminar de hablar el general se quedó pensativo, como si él mismo se sorprendiese de las extrañas palabras que había pronunciado.

—Existe un medio—-contestó Clay—pero primeramente es necesario poder localizar a toda esta gente que ha sido inyectada a través de los cirujanos que fueron raptados, labor un tanto imposible, aún para los mejores servicios de información de todas las naciones de la Tierra. Por otro lado, existe la posibilidad de que cada uno de los hombres o mujeres que poseen ya una mentalidad marciana, hayan

podido, a su vez, ir inyectando el peligroso líquido a otros seres, en cuyo caso, el mal tendría grandes proporciones y sería imposible de localizar.

—¿Se pueden anular los efectos del liquido? —preguntó uno de los generales.

—Sí, con mucho tiempo y un gran gasto—respondió Clay—; un amigo mío me elijo que...—el periodista se interrumpió. Dado el recibimiento que había tenido no quería dar a conocer su conversación con el planeta Venus sostenida a través de la pantalla de televisión de la astronave. "Después de una leve duda continuó diciendo:

—El motivo del cambio de personalidad en las personas que han sido inyectadas es un exceso de líquido encéfalo raquídeo en la cabeza. La única forma de hacerlo desaparecer es empleando un drenaje, ahora bien, este drenaje habrá que hacerlo con caucho tratado con silicona para evitar la coagulación de la sangre y, como es natural, las fatales consecuencias. El drenaje hará desaparecer el líquido y es de esperar que los seres que hayan sufrido el experimento marciano vuelvan a la normalidad una vez desaparecido el agente que trastornó sus cerebros.

El doctor Weiner no contestó de momento. Con la cabeza inclinada sobre el pecho había escuchado las palabras del periodista, finalmente levantó la frente y dijo:

—Creo que tiene usted razón y que este es el procedimiento indicado.

El general jefe de Operaciones Coordinadas salió de su mutismo para decir:

—De todas formas creo que todos ustedes se están dejando impresionar por una serie de casualidades que nada tienen que ver con un proyectado ataque de los habitantes del planeta Marte y...

Nunca nadie pudo saber lo que pensaba continuar diciendo el general. Los acontecimientos se precipitaron a una velocidad de vértigo. El general fue interrumpido por una llamada telefónica. Asió el aparato y su faz fue cambiando rápidamente de color, hasta adquirir un tono completamente blanco. Con un gesto de desaliento dejó el teléfono v dirigiéndose a sus acompañantes dijo lentamente:

—La División 302, que estaba de maniobras en el desierto de Arizona, ha sido misteriosamente aniquilada.

Varios generales se pusieron rápidamente en pie mientras de sus labios salían exclamaciones de sorpresa... y nuevamente sonó el teléfono. El general, con gesto cansado volvió a cogerlo y cuando lo dejó nuevamente fue para decir:

—Los laboratorios atómicos de Texas han saltado por los aires.

Después, el aparato telefónico no descansó, durante media hora se fueron recibiendo noticias de todo el mundo.

«Una misteriosa explosión, de origen desconocido, había borrado de la faz de la Tierra el famoso observatorio de Monte Palomar.»

«Los carros de asalto de una división blindada habían sido fundidos totalmente y sus dotaciones muertas.»

«Las pesadas naves de la XXV Flota de los EE. UU. se habían hundido en cuestión de segundos.»

«La Torre de Londres se había derrumbado causando centenares de víctimas.»

«En una base experimental francesa, cientos de proyectiles intercontinentales habían estallado antes de colocarles las espoletas.»

Las catástrofes se sucedían rápidamente por todo el continente americano y por todas las naciones de la vieja Europa.

Clay hizo una seña a Ivonne y a McGinley y los tres salieron de la amplia sala de conferencias. Una vez fuera el periodista dijo:

—El ataque ha empezado. Estas catástrofes que se están sucediendo una detrás de otra no son nada más que la labor de los «marcianos terrestres», ahora es cuestión de horas solamente… y las astronaves de Marte llegarán a la Tierra.

—Aquí no tenemos nada que hacer—contestó McGinley—; todos estos generales ya no nos harán el menor caso. Perderán el tiempo en conferencias tratando de averiguar quién es el misterioso atacante y cuando finalmente lleguen a una solución, será tarde. Tenemos que obrar por nuestra cuenta.

—Sí, pero ¿cómo?—preguntó Ivonne.

—No lo sé—respondió Clay—si hubiesen escuchado nuestros consejos tendríamos una pequeña esperanza de resistir el ataque de los marcianos hasta que llegasen las astronaves de Venus… pero ahora, como dice Mac, tendremos que obrar por nuestra cuenta. Regresemos a la astronave. Está en condiciones de emprender el vuelo y es una gran arma, tanto de ataque como de defensa. En su interior estaremos seguros y siempre tendremos mas ocasiones de ayudar a estos locos que no nos han querido escuchar.

Los tres amigos abandonaron el Pentágono sin ser molestados por nadie. En el inmenso edificio reinaba el más completo caos. Nadie sabía quién era el misterioso atacante…, y las noticias de nuevas catástrofes, de destrucciones en masa, de aniquilamientos de tropas y materiales, continuaban llegando sin cesar a través de los teléfonos y de los teletipos.

El terror y la muerte habían caído sobre la Tierra y dentro de unas

horas, si no se hallaba una rápida solución, el planeta se habría convertido en una masa de materia cubierta de cadáveres y de destrucciones. La vida habría dejado de existir y las astronaves marcianas dispondrían de un nuevo punto de apoyo para atacar a su enemigo Venus.

Clay, lanzando e1 potente automóvil a toda velocidad, emprendió el regreso a New-York, en busca de la astronave que Aster, el desconocido del Central Park, había pilotado hasta la Tierra, solamente para hallar la muerte en ella.

* * *

Mientras el coche de Clay corría rápidamente hacia New-York, en el interior del enorme edificio conocido con el nombre de Pentágono, continuaban recibiéndose malas noticias.

La amplia sala de conferencias se había convertido en un verdadero caos de órdenes, gritos y confusión. Solamente el doctor Weirner, sentado en una silla parecía permanecer al margen de todo. Su mente trataba de comprender lo que ocurría... sin lograrlo plenamente.

—¡Sobre Inglaterra están cayendo proyectiles intercontinentales de cabeza atómica!

Fue el general jefe de Operaciones Coordinadas quien dio esta noticia que estalló como una pesada bomba entre los generales. Uno de ellos exclamó:

—¡El enemigo ha desencadenado finalmente su ataque! ¡¡Hay que responder rápidamente a su agresión!!

—... el enemigo...—murmuró el Dr. Weiner—, ¿quién es el enemigo? ¿Rusia?... no, es algo que viene de mucho más lejos. Es Marte que ataca.

Pero este comentario fue hecho con voz tan baja que nadie pudo oírlo nunca.

El general jefe de Operaciones Coordinadas dio una seca orden por el teléfono interior... y en un lugar secreto del Pentágono un hombre pulso un botón rojo... y centenares de enormes proyectiles intercontinentales cruzaron raudamente el espacio para ir a estrellarse contra objetivos situados a centenares y a miles de kilómetros.

—Locos—continuó diciendo el Dr. Weiner—, ¡sí, locos! Estáis haciendo el juego a nuestros enemigos, infinitamente más inteligentes que todos nosotros. Las mismas catástrofes que han asolado el mundo occidental habrán ocurrido en las naciones que están detrás del telón de acero... allí habrán pensado lo mismo que nosotros y por esto han

lanzado sus proyectiles atómicos sobre Inglaterra, ahora, nuestras armas causarán la destrucción en aquellas naciones... y ellas nos destruirán a nosotros. Los habitantes del planeta Marte obtendrán la victoria gracias a nuestra insensatez... y la Tierra habrá dejado de existir como planeta habitado.

—¿Decía usted algo, Dr. Weiner?—preguntó uno de los generales que había oído los murmullos del científico.

—Sí, pero ya no tiene importancia. Nada la tiene cuando se va a morir.

—¿Quién tiene que morir?—continuó preguntando el general intrigado.

—Todos.

Las frases del Dr. Weiner resultaron proféticas, iba el general a formular otra pregunta cuando sobre el Pentágono se abatió una verdadera nube de proyectiles intercontinentales. Durante treinta segundos las horrorosas explosiones se sucedieron sin interrupción, después, una enorme nube en forma de hongo se elevó por encima de las edificaciones, cubriendo una enorme extensión de terreno.

En la sala de conferencias dos hombres agonizaban el uno junto al otro. Eran el Dr. Weiner y el general jefe de Operaciones Coordinadas.

—En... estos mismos... momentos también es... destruido el Kremlin...—dijo el general tratando de separar con sus manos una enorme losa de mármol que, arrancada violentamente de la pared, se había ido a incrustar sobre su pecho. Sus esfuerzos resultaron inútiles, las manos resbalaron lentamente, sus ojos se abrieron desesperadamente y la vida se escapó de su destrozado cuerpo.

—-Triste... consuelo, general—murmuró Weiner que había oído las últimas palabras—... Marte... ha ganado... la partida.

La cabeza del científico se dobló trágicamente y una sonrisa apareció en sus labios manchados de sangre. El Dr. Weiner había muerto pensando que tenía razón. Todos habían muerto, absolutamente todos.

* * *

El coche conducido por Clay Dickson se detuvo tan violentamente que la cabeza del capitán McGinley chocó con fuerza contra el cristal delantero.

—¡Caramba!—exclamó, frotándose la parte dolorida.

El periodista no le hizo el menor caso. Sabía que los segundos estaban contados y que el tiempo urgía. Descendió del automóvil y

seguido de la muchacha y del policía se encaminó rápidamente hacia la cubierta astronave. Con rápidos movimientos la despojó de las ramas y maderas que la cubrían y un suspiro de alivio se escapó de sus labios cuando la brillante estructura metálica apareció ante sus ojos.

—Tengo la impresión de hallarme en mi casa —exclamó mientras abría la compuerta de entrada.

Seguido de sus amigos penetró en el interior y una vez más la luz verde se encendió automáticamente. Clay, andando apresuradamente, se encaminó a la pantalla del televisor. Estableció la conexión y después de unos segundos de espera, éste se iluminó y el rostro del venusiano apareció. Seguidamente la voz metálica llegó hasta los tres terrestres.

—¿Han logrado algo efectivo ?—preguntó.

—Nada, absolutamente nada, solamente ser clasificados como locos—contestó el periodista.

—Es natural. Hay cosas difíciles de comprender... muy difíciles. Solamente nos llega la comprensión cuando ya es tarde—dijo el venusiano moviendo la cabeza con pesadumbre.

—Seguí todas sus indicaciones—continuó diciendo Clay—pero fue inútil. Los Altos Mandos no quisieron creemos y cuando parecía que ya los teníamos convencidos empezaron a llegar noticias y más noticias de catástrofes ocurridas en nuestro planeta y nosotros pasamos a segundo término. En estos momentos, los generales de nuestros ejércitos estarán estudiando la forma de repeler el ataque y...

—Lo siento. Clay—interrumpió el venusiano— tengo muy malas noticias para todos ustedes. El plan trazado por los marcianos se está desarrollando tal y como ellos lo habían pensado, gracias a la estupidez de los terrestres. Sus generales, Clay, han muerto. Muerto a manos de los mismos terrestres. Los mayores centros vitales de la Tierra han sido destruidos por ustedes mismos. Dentro de décimas de segundos, su ciudad, New-York, correrá la misma suerte que han corrido centenares de ciudades terrestres. Una nube de proyectiles atómicos va a caer sobre ella... y toda la Tierra no es nada más que un montón de ruinas, cadáveres y materia radiactiva. Se han lanzado ustedes los unos contra los otros como lobos hambrientos y ahora, solamente habrá comida para las aves de rapiña.

La noticia dejó sin aliento a los tres terrestres. Fue Ivonne la primera en reaccionar y acercándose más a la pantalla del aparato, preguntó:

—¿Cómo ha sido posible esto?

Pero antes de recibir contestación una gran llamarada se extendió por encima del cielo de New-York. El resplandor fue tan violento que

tuvieron que cerrar los ojos. Después una horrorosa explosión llegó hasta sus oídos y a continuación la astronave sideral fue sacudida violentamente lanzando a sus tres ocupantes contra las paredes metálicas.

—¡Cierren rápidamente la compuerta de entrada!

La orden partió del aparato televisor y McGinley, aún aturdido por el golpe, obedeció maquinalmente. Una vez cerrada, regresó a la cabina de mando.

—Señorita—dijo el venusiano—, New-York acaba de ser destruida y todos sus moradores han pasado a mejor vida. Los pocos que hayan podido salvarse morirán a causa de la radiactividad y ahora contestaré a su pregunta anterior. Nuestros potentes aparatos electrorreflectores y nuestros superfonos han podido captar ampliamente toda la horrible catástrofe. Para que puedan comprender hasta qué punto ésta ha sido total voy a hacer pasar ante sus ojos la película que hemos tomado desde nuestro planeta, pero antes voy a explicarles el diabólico plan de nuestros enemigos.

El hombre de Venus se interrumpió brevemente para dar una orden en su lengua y después continuó:

—Ellos estaban perfectamente al corriente de la tirantez que, desde hace años existía entre las naciones terrestres y decidieron aprovecharla para sus fines. Raptaron a unos cuantos científicos y gracias a una delicada operación cerebral los convirtieron en seres con una mentalidad marciana, fanáticos y verdaderas máquinas de obedecer. Estos médicos fueron devueltos a la Tierra con órdenes de convertir en autómatas-marcianos a todos cuantos terrestres pasasen por sus clínicas y consultorios. La labor de estos hombres fue funesta para ustedes. Durante tres semanas no han hecho otra cosa que inyectar en los cerebros de sus pacientes y añora, en la actualidad, hay en la Tierra más de un millón de estos seres transformados. Todo un ejército preparado para resistir la enorme radiactividad que se extiende sobre la superficie terrestre y fuertemente armados con armas llegadas desde Marte.

—Fueron estos terrestres-marcianos los que provocaron una serie de sabotajes que, realizados simultáneamente en los dos campos antagónicos tuvieron la virtud de lanzar a las naciones a un desesperado ataque contra el que creían su enemigo. Así, los EE. UU. creyeron que los ataques habían partido de Rusia y esta nación creyó que su atacante eran los EE. UU… y en el mismo instante que los proyectiles intercontinentales soviéticos eran lanzados, lo eran también los americanos. La muerte se cruzó en el espacio y se ha extendido por toda la Tierra. Se han destruido los unos a los otros y ahora Marte rematará su obra. En estos momentos, este millón de

seres terrestres, transformados en marcianos, está atacando a los pequeños núcleos que se han salvado de la matanza. Restos de los ejércitos de todas las naciones de la Tierra luchan desesperadamente contra un enemigo que desconocen y que terminará por aniquilarlos. Cuando esta lucha haya terminado, las astronaves marcianas, que ya están sobrevolando la atmósfera terrestre, tomarán tierra y ocuparán todo el planeta… entonces empezará una macabra selección. Los supervivientes serán examinados y unos serán transformados en autómatas marcianos, otros serán bárbaramente eliminados… y, finalmente, el planeta Venus seguirá el mismo camino que la Tierra, y detrás de «La estrella de la mañana», como nos llaman ustedes, seguirán todos los demás mundos del Universo.

Mientras el venusiano había dado esta explicación a los tres seres que permanecían en el interior de la cerrada astronave, la espesa nube radiactiva que se había levantado sobre lo que había sido la más bella ciudad del mundo se había ido extendiendo, sembrando la muerte a su paso. La nave sideral quedó completamente envuelta y la oscuridad se hizo a su alrededor.

Clay no pudo evitar un estremecimiento de terror al sentir que en el exterior la muerte andaba buscando nuevas presas.

—Voy a pasarles la película—anunció el venusiano.

La pantalla parpadeó ligeramente y ante los ojos de Clay y sus amigos apareció una vista de Londres. Se podía distinguir perfectamente la gran Torre, el Palacio Real, los enormes muelles a orillas del Támesis, la Abadía, el célebre reloj Big-Ben. De pronto, y sin previo aviso, grandes explosiones empezaron a brotar en distintos lugares de la ciudad. La visión era tan perfecta y clara que pudieron observar cómo a causa del enorme calor desarrollado por las bombas atómicas y por los desconocidos explosivos tan celosamente ocultados a los servicios de espionaje durante tantos años, las aguas del milenario Támesis empezaban a hervir, mientras los buques atracados a sus orillas se hundían. La Torre fue materialmente arrancada de sus pilares y lanzada contra la ciudad y…

Clay interrumpió la conexión con un gesto lleno de violencia. Rápidamente la pantalla se iluminó de nuevo y apareció el rostro del venusiano. El periodista estableció de nuevo el contacto diciendo:

—¡No queremos ver más! ¡¡Esto es un asesinato planeado fríamente!!

—Lo es—respondió el venusiano—y ustedes solamente han visto una pequeña parte, tan pequeña que no tiene importancia. Aún les queda por ver cómo nuestros enemigos hicieron saltar, desmenuzado en el espacio, un pequeño planeta de nuestro sistema y que los débiles telescopios terrestres no pudieron descubrir nunca.

—¿Estamos condenados a morir?—preguntó Ivonne que había contemplado todo el horror de la destrucción sin poder sustraerse a ella.

—Sí—fue la seca contestación que recibió.

—¡Pues yo no moriré sin luchar!—gritó McGinley—aunque tenga que matar con mis propias manos a uno de estos terrestres-marcianos.

—Ellos no tienen la culpa de nada—dijo Ivonne—. No son responsables de sus actos.

—Pero hay que eliminarlos rápidamente—añadió Clay—. Son como perros atacados de rabia. También el pobre perro, cuando no está atacado por ese mal, es bueno y cariñoso, pero cuando lo sufre es una verdadera liberación para él levantarle la tapa de los sesos. Estos seres que nos han traído la hecatombe ya no pueden ser considerados como terrestres; son marcianos y por lo tanto enemigos nuestros… y los que tenemos más cerca de nuestro alcance.

La faz del venusiano pareció iluminarse. Su voz metálica llegó hasta los tres amigos con cierto temblor de emoción:

—Aún tenemos una esperanza, aunque hayan fallado nuestros cálculos anteriores. Escuchen atentamente. Los únicos capaces de presentar batalla a los marcianos son ustedes. Se hallan en poder de la más potente de las astronaves que ha cruzado el espacio sideral. Posee una gran potencialidad de fuego y está equipada con armas que ustedes desconocen. El campo eléctrico que la protege puede convertirse también en una potente arma destructiva; posee pesadas ametralladoras electrónicas, cañones termo-nucleares y pequeños torpedos de «zinnio» que se pegan materialmente al blanco elegido hasta destruirlo. Desde Venus podemos observar tranquilamente y con todo detalle lo que ocurre en la Tierra y en la atmósfera que la rodea. Desde aquí dirigiré su ataque, le señalaré los puntos en donde aún se lucha y existe vida terrestre. Cuando lleguen las naves marcianas, usted les ofrecerá la lucha en el espacio. Necesitamos ganar tiempo hasta que nuestras astronaves estén reparadas y podamos ir en su ayuda. Clay, ¡luchen por ustedes, por nosotros y por todo el Universo!

—¡¡Lo haremos!!—contestó McGinley.

—Dejen la pantalla conectada. En ella irán apareciendo los puntos que tienen que atacar y podrán observar perfectamente el campo. Yo les iré dando la situación de los objetivos. Usted, Clay, sabe pilotar esta astronave ya que en nuestra primera conversación se lo expliqué detenidamente, pero cualquier duda que tenga consúltela y la resolveremos rápidamente.

—De acuerdo—se limitó a contestar el periodista sentándose ante el cuadro de mandos.

—Un momento—dijo el venusiano—es conveniente que se revistan con los trajes espaciales. Saldrán de la atmósfera terrestre, puede darse el caso de que por una razón u otra tengan que abandonar momentáneamente la nave y entonces les serán necesarios. Por otra parte, estos trajes también les defenderán de la radiactividad que existe ahora en la Tierra después de tantas explosiones atómicas.

—De acuerdo—volvió a repetir Clay.

Iba a levantarse para ir en busca de los trajes espaciales pero ya McGinley estaba de vuelta llevando tres de ellos entre sus brazos. Rápidamente se cubrieron con ellos y fue el mismo policía el que se encargó de ajustar las livianas pero fuertes escafandras de cristal de silicio que cubrirían sus cabezas.

—Clay, puedo hablar perfectamente — dijo Ivonne.

—Todas las mujeres pueden hablar... siempre —contestó McGinley a quien la posibilidad de luchar y de desquitarse había devuelto el buen humor.

—Esto es debido a que los trajes están provistos de diminutos aparatos auditivos, así como de emisores de corta y larga frecuencia—aclaró el venusiano—, en cuanto a las armas ya conocen el manejo de ellas. No las olviden y ténganlas siempre a su alcance. Van a emprender una lucha en donde el enemigo usará de todas las tretas y juegos sucios para acabar con ustedes... y no olviden que lo único que se interpone a los marcianos para su conquista del Universo, son precisamente ustedes y su astronave. Buena suerte.

—Dense prisa en reparar estos cachivaches que tienen averiados—dijo McGinley mientras cogía un corto fusil de rayos electrónicos y comprobaba su perfecto estado. Después entregó uno a Ivonne y dejó otro junto a Clay. Las pistolas, así como unos largos y afilados cuchillos de asalto iban ya enfundados en el traje.

—¿Preparados?—preguntó Clay dispuesto a lanzar la astronave al espacio.

—Sí.

—Comprobad los conductos de aire de las escafandras.

—Van perfectamente.

—Ivonne, tú te encargarás de la pantalla de televisión y del radar; McGinley...

—A la orden, comandante.

—Tú de las armas laterales, de las de proa y cola me encargaré yo.

—-Encantado—respondió alegremente el capitán—, cuando quieras podemos empezar esta caza de lagartijas marcianas, ¿o en Marte no las habrá?

En el interior de la astronave se oyó un ligero zumbido, apenas perceptible, que duró unos segundos, después el silencio volvió a reinar.

—Bien, ¿qué ocurre ahora? ¿Se ha vuelto a estropear ?—preguntó McGinley.

—Ven—ordenó Clay.

El policía no se hizo repetir la orden. Con paso ligero se acercó a su amigo que, sin decirle nada, le señaló el amplio cristal que cubría la proa del aparato.

—¡McGinley!—gritó el periodista, al observar que su amigo se había vuelto mudo de repente.

—¡Eh!—respondió éste sin darse cuenta de nada.

—¿Qué te ocurre?, ¿no habías volado nunca?

—Sí—respondió el capitán ele la policía metropolitana—... pero no tan alto.

Efectivamente, la astronave se había elevado verticalmente, sin ningún esfuerzo, sin ninguna trepidación y sin el menor ruido v ahora volaba por encima de la gigantesca nube radiactiva que cubría lo que había sido New-York.

—Primer punto de ataque—anunció la pantalla televisora—. Punto A7, Z16, del plano.

—Sitúalo, Ivonne—dijo Clay.

La muchacha se inclinó sobre la mesa que contenía el gigantesco plano y después de maniobrar rápidamente con el compás dijo:

—Ya está. Es una gran explanada situada en medio de las Montañas Rocosas.

En la pantalla apareció la zona mencionada y los tres tripulantes pudieron contemplar una pequeña edificación que era atacada por un grupo compuesto por cerca de trescientos hombres. Del edificio salían los fogonazos de las armas, pero los atacantes usaban proyectiles desintegradores y la valiente resistencia no podía durar mucho. Si habían resistido hasta entonces era debido a que las armas de los atacantes eran de poca potencia, pero una vez destruidas sus defensas exteriores, el tiempo que les quedaba de vida a los sitiados era muy poco.

Clay lanzó a la astronave hacia la dirección indicada. Volaba a serán altura para poder desarrollar mayor velocidad.

—Puede descender, Clay—dijo el venusiano— este aparato vuela con la misma rapidez en todas las altitudes. No lo olvide.

El periodista obedeció y no tardó en descubrir el objetivo buscado ante la proa de su aparato.

—¡Preparados!—ordenó mientras lo inclinaba hacia el suelo.

—Sí.

—Pues entonces vamos a cobrarnos las primeras vidas—dijo Clay apretando las fuertes mandíbulas.

—Un momento—dijo McGinley—, estos «bichos» que se arrastran sobre el suelo no merecen ni un solo disparo electrónico. Los asesinos, en nuestro Estado mueren en la silla eléctrica. ¿Lo recuerdas?

—Perfectamente… y comprendo tu idea.

—¿Qué vais a hacer?—preguntó Ivonne.

—Ahora lo verás—respondió Clay lanzando al aparato casi a ras de tierra. Su mano izquierda se apoyó sobre uno de los botones del tablero de mandos mientras ante el cristal de proa aparecían ya los primeros grupos de atacantes.

Ivonne se cubrió los ojos con las manos cuando vio lo que estaba ocurriendo. Diez yardas antes de que la astronave llegase al primer grupo, éste fue totalmente aniquilado y convertido en ceniza. Una llamarada había brotado de la masa de hombres.

Clay había dado toda la potencia al campo eléctrico que servia de defensa a la astronave y los enemigos habían sido electrocutados.

A la tercera pasada en vuelo rasante no quedaba ningún terrestre-marciano sobre la gran explanada de las Montañas Rocosas. La muerte había cambiado de campo.

—Segundo punto de ataque—anunció el venusiano—. Punto M21, 3-AZ, del plano.

—Situado—dijo Ivonne rápidamente—. Es en la Florida, rumbo 3 declinación 9.

La potente astronave gris dio una vuelta victoriosa sobre el campo de batalla, mientras los asombrados defensores del pequeño reducto salían dando saltos de alegría, y después emprendió el rumbo hacia su próximo punto de ataque.

—Tengo que confesar —dijo McGinley—que hasta que no hemos pasado al ataque tenía cierto complejo de «conejo de Indias». Ahora empiezo a sentirme mucho mejor, tanto que, incluso han cambiado mis puntos de vista. Los «cobayas» son en estos momentos mis queridos y repelentes enemigos.

—Te comprendo perfectamente, Mac—respondió Clay—, es desesperante saber que vas a morir sin poder hacer nada para evitarlo. Si a uno lo matan luchando… y le da tiempo a pensar, no deja de reconocer que son cosas del juego y que le han tocado malas cartas, pero morir sin saber ni el cómo ni el por qué, es para tomárselo seriamente… y no morirse.

—Sois... sois...

Ivonne, con su fina sensibilidad femenina no podía comprender cómo los dos hombres podían hablar tan tranquilamente de matar y ser muertos. Su indignación la hacía tartamudear y no encontraba la palabra adecuada para calificar a sus amigos. McGinley fue en su ayuda.

—Salvajes.

—Esto, sois un par de salvajes. Habéis electrocutado a trescientos hombres, semejantes vuestros y seguramente de vuestra misma nacionalidad y resulta que esto os produce cierta tranquilidad de espíritu, yo...

—...tú has olvidado que estos hombres se habían convertido en nuestros enemigos. Que gracias a su colaboración la mayor parte de la población terrestre ha sido aniquilada y cuando los hemos eliminado estaban luchando para allanar e! camino a los peores enemigos que la Humanidad ha tenido en toda su larga existencia.

La reapuesta de Clay casi tuvo tonos de violencia, pero no por ello la muchacha cedió terreno. Con el mismo tono de voz, replicó:

—¡Pero ellos no tenían la culpa! Desde el momento que recibieron el pinchazo en el cerebro se convirtieron en otros seres. Eran inocentes. Los responsables son otros. A ti pudo ocurrirte lo mismo y...

—¡¡¡Basta, Ivonne!!!—gritó Clay abandonando el puesto de mando después de haber conectado el piloto automático. Se acercó a la muchacha y zarandeándola furiosamente continuó diciendo con voz en la que vibraba la cólera:

—Si a mí me hubiese ocurrido lo mismo y me hubiese convertido en un peligro para mis semejantes, mi patria y mi planeta, todo hombre sensato tenía la obligación de matarme. La vida de unos pocos no tiene ningún valor cuando está en juego la existencia de la mayoría.

El periodista cesó en su zarandeo y empleando un tono cariñoso siguió hablando.

—Querida, repasa tus conocimientos de historia y verás que siempre ha existido una minoría que se ha sacrificado por el bienestar de la mayoría... unas veces el sacrificio ha sido voluntario, pero otras ha sido obligado. Lo realmente interesante es que la vida pueda continuar existiendo, que los nombres puedan sobrevivir a las desgracias que durante siglos se han abatido sobre la raza humana. Si salimos cíe esta, los terrestres viviremos mucho mejor y más tranquilos, habrá sido una dolorosa experiencia para muchos al ver que, por falta de comprensión nos hemos destruido entre nosotros, simplificando el camino al verdadero enemigo. Yo, y también Mac, no

matamos por gusto, matamos simplemente para que la vida pueda continuar existiendo y millares de mujeres como tú, puedan continuar teniendo hijos, amando a sus esposos y cuidando flores. Matamos para no ser muertos, para que los hombres puedan continuar creando., y mientras los hombres y las mujeres de la Tierra puedan continuar creando, la vida continuará su ritmo… pero para ello es preciso luchar… ¡y lucharemos!

La muchacha inclinó la cabeza y después de unos segundos de silencio contestó:

—Seguramente tendrás razón, pero yo sufro al ver cómo la gente muere.

—Lo cual me alegra. Piensa que puede darse el caso de que tú y yo seamos los encargados de repoblar la Tierra… y a mí me encanta que mi futura mujer tenga sensibilidad.

—¡Oh, Clay!—susurró la muchacha inclinando la cabeza cubierta con la escafandra sobre el hombro del periodista—. Ha sido necesaria una invasión marciana para que te declarases.

—El muy… es capaz de haberla provocado solamente con el objeto de tener la ocasión de jugar a héroe y declararse—dijo McGinley que había contemplado toda la escena—. Sois capaces de sentiros igual que Adán y Eva, dando principio a una humanidad sin odios ni rencores. ¿Qué papel me reserváis a mí en el paraíso particular del Sr. Dickson y señora?

—El de la serpiente—replicó Clay estrechando aún a Ivonne entre sus brazos.

—Gracias, Adán… y ahora, si queréis quitaros las escafandras y daros un besito, yo me volveré de espaldas.

Clay iba a contestar cuando la voz del venusiano llegó nuevamente hasta ellos.

—Se están aproximando rápidamente al lugar señalado. Ilumino la pantalla para que puedan observar detenidamente el campo donde tienen que actuar.

Clay dio un cariñoso golpe en la escafandra de Ivonne mientras le decía:

—Esto vale por nuestro anillo de compromiso, ahora, cada uno a sus puestos.

Después de estudiar la situación de las fuerzas enemigas, el periodista se lanzó en picado sobre ellas, mientras las ametralladoras de proa abrían un furioso fuego.

Los proyectiles electrónicos, las balas desintegrantes y las descargas de aire líquido, cruzaron el cielo de la Florida y abrieron brecha entre el enemigo. La lucha por la supervivencia terrestre

continuaba... aunque para vivir era necesario matar.

*   *   *

Faltaba solamente una hora para que las primeras astronaves marcianas llegasen a la Tierra. Según los informes recibidos en la astronave de Clay y de sus amigos, la primera oleada se componía de treinta y dos pesadas naves de combate y de varios grupos de asalto interplanetario transportados en su interior. Estos grupos serían desembarcados en la Tierra para reforzar el ataque de los terrestres-marcianos. Las fuerzas de asalto, dotadas de material de gran potencia destructiva, carros ligeros y pequeñas naves equipadas con un cañón de rayos catódicos, eran las encargadas de terminar con los grupos de resistencia terrestres.

Se terminaba de recibir esta información en la astronave cuando nuevamente la pantalla televisora entró en funciones.

—Hemos aniquilado la mayoría de los grupos de asaltantes terrestres que habían sido tratados con la inyección cerebral—dijo el venusiano—. Todos hemos trabajado intensamente, tanto, que ustedes tienen que estar al borde del agotamiento. Es conveniente que descansen por turnos, ya que los combates que se aproximan van a ser muy duros. La reparación de nuestras astronaves va por buen camino, pero el primer golpe... y quizás el segundo...

—Si salimos del primero—comentó McGinley en voz apenas audible.

—...tendrán que resistirlo ustedes. Es conveniente que antes de que las astronaves marcianas lleguen a su planeta hayan ustedes eliminado a dos de los principales grupos que nos quedan. La situación es ésta:

—Será mala, ya verás — comentó McGinley que nunca podía estar callado.

—En Suiza, entre las montañas se han refugiado grupos de los ejércitos franceses, españoles, alemanes, italianos y suizos. Están presentando una fuerte resistencia pero son atacados por una gran masa de enemigos. La operación no tendría ninguna importancia si ustedes pudiesen atacar desde el aire, pero lo complicado del terreno y la gran velocidad que desarrolla la astronave impiden la lucha desde el aire. Ahora bien, la nave puede permanecer fija en el espacio, igual que si fuese un helicóptero. Pueden detenerla en el aire, a un metro escaso del suelo y abandonarla. En el armero hallarán ustedes media docena de cortos fusiles-ametralladores que disparan balas desintegrantes, las mismas que usó usted, Clay, cuando eliminó a los tres marcianos que le atacaron en su apartamento; son...

—Ya te dije que la situación era mala—comentó el policía que tenía la impresión de que había permanecido demasiado tiempo callado.

—...muy ligeras y su efectividad ya la conoce. Yo me limito a indicarles lo que pueden hacer, la forma de obrar ya es cosa suya. He observado que son excelentes combatientes.

—Gracias—dijo McGinley.

—Haremos más de lo que podamos—contestó Clay.

—En este caso, pongan rumbo 4B-89P.

La gran astronave varió ligeramente su ángulo de vuelo y después, a la máxima velocidad que desarrollaban sus termo-reactores cósmicos, se lanzó a través del espacio como si fuese un pez espada abriéndose camino entre las aguas.

—Mientras Clay atendía al rumbo y la muchacha no se apartaba de los aparatos indicadores. McGinley fue en busca de las armas que muy pronto iban a necesitar.

Cuando regresó junto al periodista, dijo:

—Esta gente de Venus se ve que no son tontos y saben lo que se hacen. Estos «bichos» abren brecha incluso entre un batallón de irlandeses borrachos. Nos vamos a divertir, amigo Clay.

—Están volando por encima del objetivo —anunció el televisor.

—Me gustaría saber cómo se llama este tío —dijo el policía al oír la voz.

—Este «tío» se llama Zino y es el jefe supremo de Venus, señor McGinley.

El policía fue cogido tan de sorpresa que instintivamente se volvió hacia la pantalla luciendo una hermosa expresión de estupidez en el rostro que Zino, jefe supremo de Venus, no pudo evitar la carcajada.

—Pe...

—Buena suerte, «sobrino»—dijo Zino alegremente—... y no se preocupe, «tío» es una bella expresión cuando no se dice con mala fe.

Clay, mordiéndose los labios para no dejar escapar la carcajada, fue llevando el aparato por entre las escarpadas montañas de la bella Suiza. Cuando tuvo la astronave a un metro escaso del suelo la inmovilizó. Abandonó el puesto de mando y llamando a Ivonne le dijo:

—Querida, vamos a intentar acabar con los seres que están atacando a estas fuerzas. Iremos Mac y yo; tú permanecerás en el aparato. Cuando hayamos saltado a tierra volverás a elevarlo y desde una altura prudencial seguirás nuestros movimientos.

—Así lo haré, comandante.

—Toma, chupatintas — dijo McGinley entregando tres fusiles ametralladores desintegradores al periodista—. Tres para ti y tres para mí. ¿Llevas la pistola y el cuchillo?

Clay comprobó su equipo y después de afirmar con la cabeza siguió a su amigo que ya tenía la mano apoyada en la compuerta de salida.

—¡Espere, McGinley!—pidió Ivonne.

El policía obedeció y miró interrogadoramente a la muchacha. Algo vio en su mirada que le obligó a volverse de espaldas.

Ivonne se había despojado de la escafandra y la había dejado en el suelo de la astronave. Clay comprendió sin necesidad de que entre ellos dos se cruzase una sola palabra. Imitó a Ivonne y sus labios se cerraron sobre los de la bella enfermera. Después, la separó lentamente e inclinándose a recoger su escafandra la ajustó nuevamente.

—Gracias, querida mía, así es más fácil luchar.

Ivonne, mientras le ajustaba el tubo del aire, respondió:

—Hasta pronto, cariño. Ya puede abrir, Mac.

El policía abrió la compuerta y un soplo de aire helado penetró en el interior de la astronave. Los trajes espaciales no les dejaron sentir el fuerte frío reinante en el exterior.

McGinley saltó el primero y sus pies se hundieron entre una espesa capa de nieve. Clay le siguió.

Ivonne agitó la mano en señal de despedida y cerró la compuerta. Inmediatamente después la nave se elevó y al alcanzar cierta altura se inmovilizó en el espacio.

Los dos hombres, empuñando uno de los fusiles ametralladores, mientras los otros dos colgaban de sus espaldas, empezaron a descender. Al otro lado de la montaña estaban sus enemigos e iban en su busca.

Al llegar a media ladera empezaron a bordearla y McGinley, que abría camino, levantó la mano en señal de parada.

—Ya los tenemos a la vista... y creo que algo están tramando pues están muy calladitos.

El periodista asintió con la cabeza mientras se adelantaba para examinar el terreno. Después de unos instantes de observación retrocedió y dijo a su amigo:

—Creo que van a desencadenar un ataque por todo lo alto. Sería conveniente esperar un poco a ver si reúnen todas las fuerzas y entonces...

—¡Zas!—dijo McGinley.

Los terrestres-marcianos se fueron concentrando en el más completo silencio. Las armas, de fabricación marciana, electrónicas y desintegrantes permanecían entre sus manos prontas a hacer fuego. A pesar de que toda Europa era una gran nube radiactiva, ellos no llevaban ninguna clase de protección. Seguramente con la inyección habían recibido la inmunidad contra los efectos de la desintegración atómica.

Sonó un ligero silbido y los atacantes se lanzaron al asalto. Lo que resultaba verdaderamente estremecedor es que no sonaba ni un solo grito, ni una sola voz. Atacaban en el más completo silencio, como autómatas.

No habían andado veinte pasos cuando empezaron a salir hombres de las trincheras abiertas en la tierra. Su indumentaria era blanca, pesada y les impedía la libertad de movimientos. Eran las incómodas vestimentas usadas por las tropas terrestres para defenderse de la radiactividad. Parecían fantasmas brotando de sus tumbas... para ir a buscar otras nuevas y entre sus cubiertas manos sostenían pesados fusiles de explosión... y en el extremo de ellos el sol arrancaba destellos a las aceradas puntas de las bayonetas. ¡Aquellos locos se iban a lanzar a un ataque al arma blanca contra armas desintegrantes!

Ni una sola voz se oía entre los hombres que, con toda seguridad iban a morir en cumplimiento de su deber... y ni una sola voz brotaba de las gargantas de los hombres que iban a matar porque sus cerebros habían sido transformados.

Clay no pudo oír la orden que brotó de las filas de los terrestres-marcianos, pero una serie de relámpagos cruzaron el espacio y toda la primera línea de hombres armados de fusil y bayoneta se desintegró en el frío aire de las montañas suizas.

La segunda línea no retrocedió, al contrario, sus manos, cubiertas de pesados guantes de amianto se cerraron con mayor fuerza sobre las culatas de sus armas y las afiladas puntas de los aceros apuntaron hacia el cuerpo de sus enemigos. Morirían, sí, pero lo harían con dignidad y valentía.

—Ahora, Mac. Dispara sobre la primera línea de estos asesinos. Vamos a darles un poco de su propia medicina. Siento que estas armas no hagan ruido.

Los cañones de los peligrosos fusiles ametralladores se inclinaron buscando los cuerpos de los atacantes.

—¡Fuego!—gritó Clay.

Un furioso resplandor de rayos azulados brotó de las armas de los amigos. Nubecillas verde- azuladas empezaron a levantarse en el cielo claro de la mañana... y la primera línea desapareció.

Las otras se volvieron rápidamente tratando de descubrir al nuevo enemigo que había aparecido a sus espaldas... y aquel fue el momento en que los hombres que habían salido ele las trincheras se lanzaron desesperadamente al ataque.

Este fue fulminante y de una gran ferocidad. Las fuerzas sitiadas se lanzaron, bayoneta en ristre, contra los asaltantes. Estos, con la atención puesta en Clay y McGinley que continuaban diezmando sus filas, no pudieron repeler el furioso ataque que caía sobre ellos. Los blancos aceros desgarraron la carne y los fusiles, esgrimidos como mazas rompieron cráneos, hundieron pechos y sembraron la muerte, sin darles tiempo a usar sus mortíferas armas desintegrantes.

Nuevamente sonó el leve silbido y los atacantes se retiraron con gran rapidez. Los disparos de Clay y del policía les acompañaron en su huida y el camino quedó jalonado de numerosas nubecillas verde-azuladas que el viento rápidamente dispersó.

Una vez terminado el combate el periodista y McGinley se encaminaron hacia las primitivas defensas de los sitiados y su asombro fue enorme cuando vieron en qué condiciones vivían aquellos hombres. Estrechas trincheras, en donde apenas cabía un ser humano, se reunían tres e incluso cuatro soldados. Carecían de alimentos y su agotamiento era casi completo.

Un esquelético coronel francés, luciendo la Legión de Honor, se acercó a ellos y después de saludarles militarmente se presentó:

—Soy el coronel Legrand, el jefe de mayor graduación entre todos estos condenados a morir, y como tal les doy mis más expresivas gracias por su ayuda. Ella nos ha permitido cobrarnos algo de lo que estos cerdos estaban haciendo con nosotros. Ahora, por favor, podrían decirme quiénes son ustedes.

El coronel había hablado en francés, lengua que Clay, como periodista, conocía perfectamente. Penetraron los tres hombres en uno de los agujeros abiertos en la tierra y allí, Clay, contó su historia al militar.

—¡Maravilloso! ¡Formidable!

—No lo veo yo así—dijo McGinley—, antes al contrario, no es ni maravilloso ni formidable; es sencillamente desolador.

—Ustedes, los americanos, no son como nosotros los europeos. Hasta hace unos minutos nosotros, hombres de distintos países de Europa, luchábamos porque debíamos hacerlo, pero ahora, después de sus palabras y con la esperanza de una ayuda por parte de Venus, puede tener la seguridad de que lucharemos con mayor entusiasmo.

—Es una esperanza muy remota—dijo Clay.

—...pero es una esperanza.

Clay comprendió perfectamente lo que quería expresar el coronel francés e iba a replicarle cuando su aparato interior de larga distancia le advirtió que los terrestres-marcianos iban a desencadenar un segundo ataque, más furioso y con mayores fuerzas que el anterior. Ivonne, desde la astronave le ponía sobre aviso.

—Mi coronel, el enemigo atacará nuevamente dentro de unos momentos. Si tenemos suerte podemos aniquilarlo totalmente.

—Haremos los posibles para que sea así—contestó el militar francés con el mismo tono que seguramente emplearía para decirle a una bella parisina: «Señorita, es usted la primera flor de la primavera».

Las órdenes fueron dadas con gran rapidez y cada hombre pasó a ocupar su lugar. En el centro de lo que sería la cuña del ataque, quedaron McGinley, el coronel francés, un joven capitán español, un comandante alemán y un teniente suizo, todos empuñando los detractores fusiles ametralladores desintegrantes.

Nuevamente el silencio cayó sobre las montañas… el silencio que siempre precede a la muerte.

Clay, situado en el a la izquierda del aparato defensivo terrestre, oyó perfectamente el leve silbido que daba la orden de ataque, inmediatamente empezaron a brotar enemigos de todos lados; de detrás de las rocas, de las hendiduras abiertas en la tierra, de los escasos árboles que cubrían el terreno alpino.

Su avance era silencioso, lento, pero seguro. Los terrestres dejaron que se fuesen aproximando y cuando los tuvieron al alcance de sus mortíferas armas abrieron un furioso fuego cruzado que cogió de sorpresa a los atacantes. Los seis fusiles ametralladores sacados de la astronave venusiana abrieron grandes claros entre las fuerzas enemigas.

Las armas de éstos no permanecieron inactivas y el claro cielo montañés se llenó de relámpagos azulados y las trágicas nubecillas verde- azuladas empezaron a levantarse en el espacio.

El aire había cesado y las fatídicas nubes permanecían inmóviles en el aire, señalando el lugar en donde segundos antes había existido un cuerpo lleno de vida.

A pesar de la heroica resistencia presentada por los terrestres, los atacantes continuaban avanzando. Su mayor número, la mejor eficacia de sus armas y la mayor libertad de movimientos, les daban una gran ventaja. Las pesadas vestimentas usadas para defenderse de la radiactividad eran un pesado lastre que arrastraban los terrestres.

McGinley disparaba fríamente y todos sus disparos eran efectivos, pero ya tres de sus compañeros habían sido acertados de lleno por los impactos desintegrantes de los atacantes y sus cuerpos convertidos en

humo. También las armas habían sido destruidas y la potencialidad de fuego de los terrestres había disminuido peligrosamente.

Los atacantes continuaban avanzando sin importarles gran cosa la gran cantidad de bajas que sufrían.

El ala que defendía Clay había sido obligada a replegarse hacia el centro y ahora, el periodista y McGinley luchaban codo a codo. Un poco más alejado el duro coronel francés continuaba haciendo fuego con el ligero fusil ametrallador y de sus labios no había desaparecido la fina sonrisa que había aparecido en ellos cuando supo que aún existía alguna posibilidad de vencer.

McGinley lanzó una mirada a su alrededor y después exclamó:

—¡Solamente quedamos los tres!

Efectivamente, ellos eran los únicos supervivientes. Luchaban rodeados de enemigos y de nubecillas verde-azuladas que se extendían por el campo de batalla como si fuesen una fina neblina matutina.

—¡Retrocedamos!—ordenó Clay.

—No, yo no me moveré del sitio en donde han muerto mis soldados y mis amigos—respondió el coronel Legrand disparando contra un grupo de enemigos que había aparecido a su derecha. Las pequeñas balas desintegrantes terminaron rápidamente con los atacantes, solamente uno logró salvarse de los disparos y dominado por su fanatismo se lanzó hacia adelante empuñando su arma.

El coronel, con una frialdad aterradora dejó su fusil desintegrante en el suelo y después, exactamente igual que si se hallase en un concurso de tiro al blanco, desenfundó su vieja pistola «Luger», levantó el brazo y apuntando con gran serenidad hizo fuego, frenando en seco el avance de su enemigo.

Un redondo agujero apareció entre los ojos de éste y tambaleándose fue a derrumbarse a los mismos pies del hombre que lo había matado.

El coronel guardó su pistola con movimientos lentos, luego se inclinó y recogió el fusil desintegrador. Cuando se levantó la sonrisa continuaba luciendo entre sus labios.

—Esta arma es sencillamente maravillosa —dijo levantando el fusil —pero a veces uno siente cierta satisfacción comprobando que nuestras viejas armas terrestres son capaces de acabar con un enemigo.

—Tenemos que retroceder—insistió Clay—. Nuestros atacantes han retrocedido momentáneamente, pero volverán al ataque y no los podremos resistir durante mucho tiempo.

—Yo no daré un paso atrás—repitió el coronel.

—Tengo una idea—exclamó Clay—. Vamos a parapetarnos en

aquel montón de rocas que tenemos a nuestras espaldas. Nuestros enemigos tendrán que recorrer este espacio abierto para llegar hasta nosotros… y cuando lo hagan será el momento adecuado para que entre en acción la astronave. Es la única solución que tenemos… y hay que darse prisa, las astronaves marcianas estarán ya llegando a la Tierra.

—¡Estupendo!—dijo McGinley—. Cuando hayamos terminado con estos desgraciados podremos enfrentarnos con los verdaderos responsables de toda esta matanza que ha tenido lugar sobre nuestro planeta.

—Replegarse no es huir—contestó el coronel empezando a andar hacia las rocas que Clay había indicado.

Al llegar a ellas el periodista estableció conexión con la astronave y dio unas órdenes a Ivonne. La voz de la muchacha llegó hasta ellos a través de los aparatos receptores, dándoles nuevos bríos.

—Siempre es agradable oír la voz de una mujer, ¿es bonita?—preguntó el coronel.

—Mucho—sonrió Clay—; tanto, que pienso incluso casarme con ella.

—Enhorabuena, amigo—felicitó el coronel—. Mi esposa y mis hijos murieron cuando los primeros proyectiles intercontinentales soviéticos cayeron sobre París.

—Ya vuelven—anunció McGinley que no había apartado los ojos del terreno que se extendía ante ellos.

—Vamos a servir de cebo—dijo el periodista—. Antes no pudimos usar las armas de la astronave a causa de lo abrupto del terreno, pero al concentrar sus fuerzas en la explanada, el enemigo va a meterse en una trampa mortal.

—...pues ya los tenemos aquí—dijo el policía colocando su fusil en posición de disparar—. Voy a ver si los hago enfadar un poco.

Una ráfaga partió del arma de McGinley y seis nubecillas verde-azuladas se levantaron de entre las fuerzas atacantes. Los disparos fueron hechos con la intención de descubrir su posición, como efectivamente ocurrió.

Las fuerzas atacantes, en silencio, como siempre, fueron saliendo de sus escondites y lentamente se fueron concentrando en la pequeña explanada, sin presentir que la muerte les llegaría desde el aire.

—¡Ahora, Ivonne!—ordenó Clay por el aparato emisor.

Los terrestres-marcianos empezaron a avanzar hacia las rocas. Sabían que este iba a ser el último ataque y que la resistencia estaba tocando a su fin.

Se hallaban en el centro del terreno abierto, y habían empezado a

disparar, cuando en el cielo apareció la brillante astronave gris. Solamente un ligero silbido anunció su presencia. A gran velocidad se lanzó contra las fuerzas atacantes… y las ocho ametralladoras de proa trazaron una cortina de proyectiles termo-nucleares. Los primeros disparos quedaron cortos, pero la segunda andanada dio de lleno en el centro de la agrupación enemiga.

La sonrisa del coronel se borró como por arte de encantamiento. Lo que estaban presenciando sus ojos era superior a su sangre fría. Pudo ver cómo los hombres eran destruidos en décimas de segundos, pero no con la rapidez que lo hacían los proyectiles desintegrantes, sino de una forma más lenta. La destrucción empezaba por las extremidades inferiores e iba subiendo hacia el tronco. Una mueca de repulsión apareció en la cara del coronel cuando en el centro de la explanada solamente quedaron flotando las cabezas de los que momentos antes habían sido sus enemigos.

El gran aparato levantó la proa y se elevó rápidamente, El desplazamiento del aire hizo que las solitarias cabezas que se movían en el espacio chocasen siniestramente entre sí… después, la destrucción continuó y de las fuerzas enemigas no quedó ni el más ligero rastro, ni tan sólo las fatídicas nubecillas verde-azuladas.

El combate había terminado. La astronave regresó y se inmovilizó sobre lo que había sido campo de batalla.

Una ligera escalerilla descendió por la abierta compuerta de la astronave y por ella treparon los tres supervivientes. Una vez en el interior de la astronave McGinley se dirigió al coronel y le dijo alegremente:

—Señor, la curiosidad me mata. Antes de que se montase todo este fregado, yo era un capitán de policía y claro, aún mantengo mi costumbre de investigar.

—¿Qué le ocurre, capitán?—preguntó el coronel.

—Desde que lo conozco solamente he podido contemplar sus ojos y su sonrisa, el pesado capuchón anti-radiactivo que cubre su cabeza me impide ver sus facciones.

A través del cristal que cubría su rostro la sonrisa del francés se hizo más radiante. Con un simple gesto se arrancó el capuchón y apareció el rostro de un hombre de cincuenta años, de rasgos fuertes y tostados por el sol.

—He descubierto mi cabeza, no para que usted pueda estudiarme y comprobar si las teorías de Lombroso son exactas, sino que lo he hecho para besar la mano de esta bellísima señorita que tan oportunamente ha llegado para sacarnos del infierno de abajo.

Al terminar de decir esto, el galante coronel francés se inclinó y

besó la enguantada mano de Ivonne.

—¿Está cerrada la compuerta de entrada? —preguntó Clay.

—No—respondió McGinley—. Pero la cierro ahora mismo.

—De acuerdo—respondió el periodista—. después entrega un traje espacial a nuestro nuevo amigo y enséñale toda la nave y el manejo de los cañones electrónicos. No podemos perder tiempo, las astronaves marcianas estarán ya entrando en la atmósfera terrestre.

Mientras McGinley cerraba la compuerta y después mostraba al coronel la maravillosa astronave, Clay, seguido de la muchacha se encaminó hacia la pantalla televisora. Estableció conexión y el simpático rostro de Zino apareció.

—Por lo visto una vez más han salido ustedes vencedores. Mi sincera felicitación, pero ahora van a tener que enfrentarse con las luchas más duras.

—La victoria siempre es difícil—se limitó a decir Clay.

—Las astronaves marcianas están llegando a la Tierra. Se dirigen hacia el Mar del Norte y después hacia el Báltico. Seguramente tomarán tierra en alguna de aquellas regiones. Seria conveniente que sacase su astronave de la atmósfera terrestre y les saliese al paso.

—¿Qué ocurre con el último núcleo de terrestres-marcianos ?

—Este se halla en Sudamérica y aún a pesar de la rapidez de su aparato no podría llegar a tiempo. Es más interesante interceptar las astronaves marcianas. Nosotros, por nuestra parte, vamos a lanzar contra estos hombres un cohete teledirigido y tenemos la seguridad de que acertaremos de lleno. Ustedes no se preocupen y dedíquense solamente a los verdaderos causantes de esta catástrofe.

—Bien, hemos aumentado nuestras fuerzas con un valioso elemento.

—Buena suerte—contestó Zino cerrando la conexión.

El policía seguido por el coronel penetró en la sala de mandos. Ya el francés iba equipado con el correspondiente traje espacial.

—¿Qué tenemos que hacer ahora?—preguntó McGinley.

—Volar muy alto, Mac—dijo Clay sentándose ante el amplio cristal de proa y empuñando los mandos.

* * *

La oscuridad era completa. El Sol se hallaba al otro extremo de la Tierra y la astronave pilotada por Clay Dickson navegaba por un mar de negrura.

Todas las luces interiores habían sido apagadas y solamente brillaban las correspondientes a los mandos.

Ivonne, con la mirada atenta, seguía las dos pantallas de radar electrónico y las sondas acústicas. En los combates que se aproximaban no iban a recibir ninguna indicación desde Venus, a causa de la oscuridad y de la gran rapidez de las astronaves. Tenían que valerse de sus propias fuerzas. McGinley atendía las armas de la derecha y el coronel francés lo hacía con las de la izquierda.

La astronave navegaba protegida por un ancho campo eléctrico de gran potencia y todas las armas de a bordo estaban dispuestas a entrar en fuego a la menor presión que se ejerciese sobre sus pulsadores.

—Clay—llamó la muchacha—, en una de las pantallas de radar ha aparecido algo. Ven.

El periodista conectó el piloto automático y se acercó a la muchacha que le indicó unos puntos brillantes en la esfera luminosa.

—Ya los tenemos aquí—dijo Clay sin apartar los ojos de los puntos—, y dentro de cinco minutos estarán bajo el fuego de nuestros cañones.

—...y nosotros de los suyos—añadió McGinley cerrando las manos sobre los pulsadores.

—¿Cuál es nuestra situación?—preguntó Clay.

—Estamos volando sobre el mar Báltico, aunque no podamos verlo—dijo Ivonne.

—Pues este será el lugar de la lucha. Esperaremos al enemigo aquí mismo.

Clay regresó a su puesto y después de desconectar el piloto automático inmovilizó la gran astronave.

Cinco minutos después, tal como lo había anunciado el periodista, las astronaves marcianas se hallaban dentro del campo de acción de las armas de la nave pilotada por los terrestres.

Los marcianos, seguros de su impunidad, navegaban sin haber tomado ninguna precaución. Clay y sus amigos podían distinguir claramente las luces interiores y eran éstas las que señalaban claramente la formación enemiga.

—Treinta y dos aparatos, Zino no se equivocó —dijo McGinley.

—¿Cómo piensa atacar?—preguntó el coronel Legrand.

—Voy a dejarles que se acerquen más. Cuando los tengamos a una distancia prudencial abriremos fuego con todas las armas de a bordo... y al mismo tiempo lanzaré todos los pequeños torpedos de «zinnio». Estas minúsculas armas se pegan materialmente al blanco hasta que logran destruirlo.

—¿No nos descubrirán ellos con sus aparatos detectores?—continuó preguntando el coronel.

—Con toda seguridad—respondió Clay—, pero espero que al vernos inmóviles se confíen, además, su seguridad de vencer es insultante. Están volando como si fuesen a una fiesta.

En el mismo momento que terminaba de hablar el periodista, las naves marcianas se abrieron en abanico, ocupando una gran extensión en el espacio y de las proas de todas ellas brotaron chorros de potente luz.

—Ya nos han descubierto—dijo Clay poniendo en marcha su astronave—-. No contaba yo con los reflectores, pero nos van a resultar un hermoso punto de referencia.

—¡Estos marcianos son bobos!—exclamó el coronel contemplando la extraña formación enemiga—. Se han colocado como si fuesen un juego de bolos.

—Mejor para nosotros—contestó Clay lanzando la gran nave gris contra el enemigo.

Las pesadas ametralladoras electrónicas y los rápidos cañones termo-nucleares de proa lanzaron una furiosa andanada contra las naves enemigas, inmediatamente Clay pulsó un botón y una treintena de pequeños torpedos de «zinnio» partió en busca de sus objetivos.

Al llegar a la misma altura que el enemigo, Clay dio un rápido viraje hacia la derecha.

—¡Ahora usted, coronel, acuérdese de sus hombres asesinados!

La primera andanada disparada por el periodista había desmenuzado a dos de las astronaves marcianas, rompiendo la formación y ahora, los cañones de la izquierda, manejados por las expertas manos del coronel francés abrieron un nuevo claro.

El oscuro cielo se fue llenando de rojas explosiones y de masas de fuego líquido. Los pequeños torpedos estaban cumpliendo su misión.

Clay, en una hábil maniobra, logró colocarse en la retaguardia enemiga… y entonces fueron los cañones de la derecha los que abrieron el fuego. McGinley los manejaba mientras de su garganta salían furiosas exclamaciones.

Clay enderezó el aparato disponiéndose a ganar altura y atacar nuevamente y fue en aquel preciso momento cuando la reacción marciana empezó.

—¡Nos están disparando!—dijo el policía.

—Antes hemos empezado nosotros—contestó irónicamente el coronel.

—Pero lo curioso del caso es que, aunque los proyectiles vienen

derechos hacia nosotros, ninguno llega hasta la astronave—dijo Ivonne.

—Esto es debido al campo defensivo que nos rodea—contestó Clay.

—¡Hurra!—gritó McGinley—. Somos invulnerables, la victoria es nuestra.

—Puede ser—replicó el periodista—; ahora me interesa saber el resultado de nuestro ataque. Es necesario enteramos de cuántos enemigos quedan aún delante nuestro antes de lanzarnos al segundo ataque.

—Diez y seis astronaves marcianas han sido totalmente destruidas —anunció el coronel Legrand—, quedan por lo tanto otras diez y seis.

—Creí que los torpedos causarían mayores destrozos—comentó Clay.

—Seguramente más de uno y de dos fueron a estrellarse contra el mismo objetivo—contestó el coronel.

—Bien, vamos a por la segunda pasada, a ver si tenemos el mismo éxito que en la primera —dijo Clay inclinando la proa hacia el enemigo.

Este se había dividido en dos grupos y sus potentes reflectores habían sido apagados. La lucha sería en la oscuridad y los contendientes tendrían que buscarse a través de los delicados aparatos detectores.

—¿No te quedan más torpedos? — preguntó McGinley.

—No, agoté toda la carga. —Clay consultó la pantalla de radar y continuó diciendo—: Voy a pasar por enmedio de los dos grupos, cada uno de vosotros tiene delante un radar, él os indicará la situación del enemigo. Disparad contra él. Una vez hayamos llegado a su retaguardia invertiré nuestro vuelo y volveremos a pasar por entre ellos; disparad nuevamente y… que la suerte nos acompañe.

La astronave pilotada por los terrestres se lanzó como un meteoro por entre las dos formaciones enemigas, mientras todas las armas disparaban furiosamente.

—¡Uno!—gritó McGinley.—¡Dos!—replicó serenamente el coronel.

—Tre…—la frase fue interrumpida por una violenta sacudida que estremeció la gran astronave desde la proa hasta la cola.

—¿Qué ocurre?—preguntó McGinley que había sido lanzado violentamente contra uno de los costados.

—¡Nos han acertado de lleno!—dijo Clay tratando de recobrar el mando de la nave.

—¡Imposible!—grito el policía mientras disparaba uno de los

cañones termo-nucleares contra una nave enemiga que se había acercado peligrosamente.

La andanada de proyectiles se estrelló íntegra contra la proa del aparato enemigo que se convirtió en una inmensa laguna de fuego líquido flotando en el espacio.

—¡Mira, Clay!—dijo McGinley que no había apartado sus ojos de los visores cósmicos—. Tenemos marcianos a la vista.

Efectivamente, la tripulación del destrozado aparato enemigo había tenido tiempo de abandonarlo y se habían lanzado al espacio.

—¡No llevan paracaídas!—volvió a anunciar el policía.

—Llevarán algún aparato retropropulsor individual—dijo el coronel—, pues se mueven en el vacío como si fuesen pequeños reactores.

—Acaba con ellos, Mac—ordenó Clay—... antes de que ellos terminen de una vez con nosotros.

—Lo haré con sumo gusto, Clay—contestó el policía dirigiéndose hacia una de las ametralladoras electrónicas—, pero primero quiero contemplarlos detalladamente. Son los primeros que veo y...

—Procura que sean los últimos también, pues yo no puedo recobrar el mando del aparato—dijo

Clay, e Ivonne que permanecía a su lado pudo contemplar como, debajo de la escafandra del piloto empezaban a aparecer finas gotas de sudor.

McGinley y el coronel centraron los visores do sus armas en los cuerpos que se movían en el espacio dispuestos a hacer fuego. El destrozado aparato enemigo continuaba ardiendo en el espacio y su resplandor permitía una perfecta visión... y una buena puntería.

—Son más pequeños que nosotros, ¿no le parece, coronel?—pregunto el policía.

—Sí, y esto que los trajes espaciales y las escafandras de vuelo les dan mayor volumen —respondió el francés—... y que renacuajos así hayan exterminado la vida en la Tierra.

—¿Terminarnos ya con estas mariposas nocturnas?—preguntó McGinley.

—Un momento, amigo, quiero examinarlos detenidamente.

El coronel fue estudiando a los primeros marcianos que tenía ocasión de ver. Estos se movían en el espacio gracias a algún reactor individual acoplado a su traje espacial. Sus facciones no podía distinguirlas a causa de la distancia, pero sí podía observar el contorno de la cabeza. La transparencia de la escafandra se lo permitía. Su cuerpo, cubierto por un traje espacial de un brillante

color rojo cubría un cuerpo exactamente igual al nuestro y sus extremidades tanto inferiores como superiores eran proporcionadas.

—Sé lo que está pensando. Mac—dijo el coronel—... que los escritores y dibujantes futuristas nos han estado tomando el pelo lindamente. Los marcianos son igual que nosotros, pero un poco más reducidos.

—Sí, pensaba en esto, yo me los imaginaba... en fin, tal y como los pintan y ahora resulta que son iguales que mi primo Peter, que mide un metro treinta. ¿Qué, terminamos con ellos?

—Cuando quiera, Mac.

—Dispare usted primero, al fin y al cabo yo no tenía familia en la Tierra.

El corone] dio las gracias con un gesto de la cabeza y su ametralladora lanzó una ráfaga contra los cuerpos que se movían en el espacio. El efecto de los disparos fue rápido y total. Ni uno solo se perdió en el vacío... y los cinco marcianos fueron a mezclarse entre la masa líquida de su nave.

—Buena puntería—comentó McGinley.

Clay, después de muchos esfuerzos había logrado estabilizar la astronave pero la situación empezaba a ser angustiosa.

—¿Cómo va esto?—preguntó el coronel apoyando su enguantada mano sobre el hombro del piloto.

—Mal, coronel, hemos sufrido una fuerte avería. Por algún medio que desconocemos, las naves marcianas lograron anular nuestro campo defensivo y algunos de sus disparos nos han acertado. Lo que no comprendo es cómo no nos han disgregado.

—Quizás el campo eléctrico no pudo ser anulado en su totalidad y esto es lo que nos ha salvado.

—Sí, puede usted tener razón. Ahora estamos en inferioridad de condiciones y voy a poner rumbo hacia, la Tierra, quizás allí aún podamos presentar batalla a estos marcianos que nos siguen los pasos, ¿cuántas naves quedan?

—Nueve—contestó Ivonne.

—Aún son muchas, menos mal que les estamos sacando una gran ventaja. Nuestra astronave, a pesar de la avería, es mucho más rápida.

—¿Por qué no conectas el «robot-reparador»? —preguntó la muchacha recordando que la avería anterior fue reparada por este sistema.

—Ya lo he hecho, pero no he logrado ningún resultado. Establece conexión con Zino, quizás él pueda indicarnos alguna solución.

La muchacha obedeció y después de unos minutos de manipular en

la pantalla televisora, dijo:

—No puedo establecerla.

—Seguramente también habrá sido afectada por los impactos que hemos recibido.

—¿Puede esto ser el fin?—preguntó el coronel inclinándose hacia Clay.

—Puede, todo depende de lo que ocurra cuando entremos en la atmósfera terrestre. Si el aparato responde a los mandos podré equilibrar velocidades y frenar el ángulo de entrada en la capa atmosférica, en caso contrario, chocaremos contra ella, igual que si fuésemos un gigantesco meteorito, convirtiendo la energía del movimiento en energía térmica, lo cual produciría una enorme explosión, capaz de evaporar la masa del aparato. Intentaré entrar en la atmósfera paralelamente a ella y aprovecharé la resistencia del aire para frenar. Después pondré en marcha el reactor de proa e intentaré neutralizar nuestra propia velocidad.

—Por lo que me dice parece ser que estamos cayendo.

—Justamente, «caer» es la palabra adecuada —replicó Clay.

—Bien, antes de «caer» quisiera que me aclarase algo. Por lo que veo, usted está bastante al corriente de los problemas siderales. Hemos permanecido fuera de la atmósfera terrestre y la lucha ha tenido lugar en lo que los científicos llaman «vacío», entonces, ¿por qué razón han ardido los aparatos enemigos y los superfonos de a bordo han registrado el ruido que producían las naves enemigas? ¿por qué se movían los marcianos no existiendo aire?

—Muy sencillo, porque lo que los científicos llaman vacío, no es tal, al menos en el sentido absoluto. Existen capas de aire, no de la misma densidad ni composición que el nuestro, pero aire, aunque no sea respirable. Coronel, lo que nos ha ocurrido en la Tierra ha sido debido a un gran desconocimiento de lo que ocurre más allá de nuestra atmósfera.

—Gracias por su explicación—dijo el coronel— ahora vuelvo a ocupar mi lugar… y si las cosas no salen como usted espera, quiero decirle que ha sido un inmenso placer para mí poderle conocer.

Y haciendo una ligera inclinación de cabeza el frío coronel Legrand regresó a su lugar en la astronave.

Clay, con los ojos clavados en el cristal de proa esperaba la aparición de la capa atmosférica. El verdadero peligro radicaba en la entrada en ella. Las astronaves marcianas habían pasado a segundo término, ahora lo realmente importante era evitar el choque que se avecinaba. La astronave, averiada en algún punto de vital importancia, no respondía a los mandos y aunque Clay había logrado

estabilizarla y dirigirla, no podía frenar su velocidad, seguramente los impactos enemigos habían destruido la parte en donde radicaban los termo-reactores que generaban la fuerza que la impulsaba.

Finalmente la lechosa capa de nubes que envolvía a la Tierra apareció ante los escrutadores ojos de Clay, cuyas manos se cerraron nerviosamente sobre los mandos.

Faltaban trescientos metros para entrar en la capa atmosférica y aún no había logrado colocar la nave paralela a ella... doscientos... cien... cincuenta...

—¡Lo logré!—gritó alegremente Clay mientras la proa se hundía paralelamente en la capa atmosférica. La misma resistencia del aire fue frenando la gran velocidad desarrollada por la nave. Manejando al aparato con gran pericia, Clay logró equilibrar las velocidades y retener la caída violenta.

—¿Dónde estamos, Ivonne?

—Sobre el mar Báltico, cerca de la isla de Heligoland y delante de lo que fue Hamburgo. —Ni buscado a propósito. Zino me dijo que la astronave es anfibia. La dirigiré hacia el mar y la misma inercia nos llevará hasta las costas de Alemania—dijo Clay.

—...si nos dejan, amigo—añadió McGinley que no había separado la vista de las astronaves marcianas—, nos están siguiendo los pasos, bueno, la... ¿cómo se llama lo que dejamos en el espacio? En la tierra es rastro, en el mar es estela, pero, ¿cómo se llamará en el aire?

—Inventa una palabra y tendrás la ocasión de pasar a la historia como un hombre listo—dijo Clay.

—Pasaré a ella, no lo dudes, pero lo que quiero decirte es que nuestros pequeños «amigos» nos vienen detrás y supongo que sus intenciones no serán muy buenas.

—¡Sujetaros fuertemente, vamos a entrar en contacto con el agua y llevamos una velocidad superior dos veces a la del sonido!—ordenó Clay inclinándose sobre los mandos.

En el mismo instante que la parte inferior de la astronave rozaba las agitadas aguas del Báltico, Clay puso en marcha el reactor de proa, lo cual frenó grandemente la enorme velocidad del aparato, no obstante fue saltando por el agua como si fuese un canto liso.

Clay, resistiendo las fuertes sacudidas, continuaba dirigiendo la astronave que, como un gigantesco delfín saltaba por encima de las olas.

—¡Cuidado!—gritó Ivonne viendo aparecer a través de la niebla una enorme masa de piedra.

—¡Heligoland!-—exclamó Clay tratando de cambiar la trayectoria de la astronave.

McGinley cerró los ojos y el coronel Legrand musitó:

—El fin ha llegado.

La astronave continuó saltando por encima de las olas y finalmente, con gran estrépito, fue a incrustarse entre dos grandes bloques de cemento armado, restos de lo que había sido la mayor base de submarinos del mundo y que los ingleses volaron al terminar la guerra mundial.

Después, el silencio del amanecer sólo fue roto por el continuo chocar de las olas contra los enormes acantilados.

* * *

El chillido de una gaviota despertó los atontados sentidos del capitán McGinley.

Sacudió violentamente la cabeza un par de veces y después, a través de la espesa bruma que rodeaba a su cerebro empezó a comprender.

Ni en el cielo ni en el infierno hay gaviotas, solamente existen en la Tierra y…Sí, la Tierra, asolada, destruida, llena de cadáveres y de ciudades destruidas. La Tierra, el más bello y verde de todos los planetas del sistema solar, en donde ahora reinaba la muerte y la desolación, volvía a estar a su alcance.

El antiguo capitán de policía se levantó trabajosamente y se dirigió hacia la compuerta de salida. Su paso era tambaleante y por dos veces tuvo que apoyarse en los tabiques metálicos de la astronave. Abrió la pesada compuerta y salió al exterior. Sus pies pisaron una capa de cemento resbaladizo y cubierto de algas marinas. Sus embotados sentidos captaron nuevamente el chillido de la gaviota e instintivamente la buscó con la mirada.

La blanca y bella ave planeaba sobre las encrespadas olas y su pico se hundió rápidamente en ellas para aparecer con un pequeño pez en él.

Este simple hecho volvió a la realidad a McGinley. Existía vida en la Tierra… y la eterna lucha por la supervivencia continuaba igual que había sido siempre. La gaviota pescaba y…

La brisa marina acabó de despejar al policía. Dando un grito de angustia regresó al interior de la astronave en busca de sus amigos.

El primer cuerpo que encontró fue el de la muchacha. Se inclinó sobre ella y comprobó que la respiración era normal, ni el traje ni la escafandra habían sufrido el menor desperfecto y solamente el impacto del tremendo choque era lo que la mantenía inconsciente.

Más tranquilo, dejó correr la vista por el interior del potente aparato interestelar. Clay aún permanecía sujetando los mandos y su cabeza empezaba a moverse, saliendo del sopor que hasta aquellos momentos lo había dominado. El gran cristal de proa había saltado hecho añicos y a través del amplio ventanal que había quedado, McGinley podía seguir oyendo los chillidos de la gaviota que continuaba su pesca.

El coronel Legrand, luciendo su eterna sonrisa, trató de levantarse, pero la sonrisa se trocó en una mueca cuando apoyó una de las piernas en el suelo metálico de la astronave.

McGinley acudió en su ayuda y una vez en pie el militar francés, la sonrisa volvió a ocupar su sitio habitual.

—¿Cómo se encuentra usted, Mac?—pregunté como si visitase a un amigo atacado de gripe.

—Vivo, coronel.

—Lo cual, con los tiempos que corren, ya es una gran suerte—contestó el francés mientras se sacudía unas invisibles manchas de su traje espacial—. ¿Y nuestros amigos?

—Vivos también… aunque algo magullados.

Clay se levantó del sillón de mando y con paso no muy seguro se acercó a Ivonne, que también había recuperado el conocimiento. Se arrodilló a su lado y pasando uno de sus brazos por debajo de la escafandra le preguntó:

—¿Cómo te encuentras, querida?

—¿Estoy muerta?, ¿estoy en el cielo?—preguntó la muchacha aún medio inconsciente.

—McGinley—llamó Clay—, haz el favor de acercarte.

El policía obedeció y fue a colocarse junto a sus amigos.

—Ivonne, ¿puedes ver a Mac?—preguntó Clay.

—Sí—respondió la muchacha volviendo la cabeza hacia el policía.

—…pues si puedes verlo esto puede darte una idea de que no estás en el cielo, sino en la Tierra.

—¡Te he de llevar a la silla eléctrica, maldito vendedor de papeles!

—Gracias—respondió Clay sonriendo mientras ayudaba a Ivonne a ponerse en pie—. También yo tenía mis dudas sobre si estaba vivo o muerto, pero al oírte tengo la plena seguridad de que vivo; ¿qué ha ocurrido?, ¿cómo es que continuamos vivos cuando según todas las leyes de la lógica teníamos que estar más muertos que Julio César?

—No lo sé—respondió Mac—. Salí al exterior, pero cuando me di cuenta de que continuaba viviendo entré rápidamente en vuestra busca.

—Tienes un corazón como la catedral de Colonia—bromeó Clay—. Vamos al exterior a ver si podemos enterarnos de lo ocurrido.

Los cuatro navegantes del espacio y únicos defensores de la Tierra salieron de la astronave formando un alegre grupo.

—Ya está todo explicado—dijo Clay señalando los dos grandes bloques de cemento armado donde se había incrustado la nave—. El material de la astronave es mucho más fuerte que este cemento y el morro del aparato se hundió en el cemento como si fuese mantequilla. Fue la presión lo que rompió el cristal de proa y lo que nos hizo perder el sentido. El aire, al penetrar en la nave nos golpeó como si fuese una maza… y podemos dar gracias a las escafandras, pues en el caso de no haberlas llevado el golpe habría roto nuestras cabezas.

—¡Las astronaves marcianas!—dijo Mac casi en un grito.

Lo que le obligó a recordarlas fue un potente y estridente silbido que partía de las partes superiores de la capa atmosférica y que los delicados y sensibles detectores de su escafandra habían captado plenamente.

—¿Qué puede ocurrir ahora?—preguntó Ivonne apoyándose en el fuerte brazo de Clay. Había verdadero terror en los ojos de la bella muchacha.

—Muchas cosas, querida—respondió el periodista—… pero no ocurrirá nada. Lo peor ya ha pasado, ahora, por favor, penetra en el interior de la astronave y hazme una lista de las cosas que se han destrozado en la caída.

La muchacha, comprendiendo la intención del periodista obedeció y los tres hombres al quedarse solos hablaron sin ninguna reserva.

—Repito la pregunta de Ivonne—dijo Mac.

—Pues ocurrirá que las nueve astronaves marcianas se lanzarán contra nosotros como si fuesen una manada de lobos hambrientos. Ellos saben que la única resistencia puede partir de nosotros y tratarán de eliminarnos; por otro lado, existe el destrozo que hemos causado en su flota y no olvides que se trata de auténticas tropas de asalto encargadas de limpiar y allanar el terreno a las oleadas siguientes. Nosotros somos un grano para ellos y van a tratar de extirparlo.

Cuando Clay terminó de hablar, McGinley hizo ademán de rascarse la cabeza, pero sus enguantadas manos solamente tropezaron con el cristal de la escafandra.

—Fui uno de los oficiales aliados encargados de inspeccionar esta isla—empezó diciendo el coronel Legrand—; encima de este risco existe un pequeño «bunker» construido por los alemanes y que, al volar las fortificaciones y los refugios para submarinos fue arrancado por la violencia de la explosión e incrustado entre dos moles de

granito. Recuerdo que al examinar las voladuras nos fijamos en el «bunker» por dos razones. La primera era su gran consistencia, ya que había recibido impunemente la explosión de tres toneladas del más fuerte explosivo que entonces existía en la Tierra… y la segunda razón es que quedó en tal situación estratégica que solamente un pequeño grupo de hombres es capaz de defenderlo durante meses.

Clay, que había escuchado atentamente las explicaciones del coronel, dijo:

—En el aire era yo quien daba las órdenes, pero en tierra firme las va a dar usted, coronel Legrand; cada uno a lo suyo.

—Gracias, señor Dickson. Si los marcianos nos van a atacar, como realmente creemos todos, es conveniente que preparemos nuestras defensas.

—¡Clay!—dijo Ivonne saliendo del interior de la astronave—-. Nada se ha destrozado, solamente el cristal de proa.

—Bien, querida, ésta es una buena noticia.

—Manos a la obra—ordenó el coronel.

—Sí, señor—contestó McGinley—, pero.., ¿el «bunker» está muy lejano?

—No, apenas a cincuenta metros.

Durante un cuarto de hora reinó la más febril actividad en la desierta isla de Heligoland. Los tres hombres, ayudados por Ivonne, se prepararon para librar su último combate. Cuatro seres solos, abandonados en una isla batida por un mar siempre furioso, se aprestaban para presentar batalla a las fuerzas más poderosas que existían en el sistema solar. Su lucha iba a ser desesperada pero en el interior de cada uno de ellos latía el anhelo de la victoria.

La primera de las astronaves marcianas voló a baja altura sobre la isla y al descubrir los restos de la nave venusiana se inmovilizó sobre ellos y después, con grandes precauciones se posó junto a ella.

Siguiendo las indicaciones de la astronave exploradora, en el cielo gris, cubierto de espesas nubes que amenazaban tormenta, fueron apareciendo las ocho restantes.

Unos pequeños hombres salieron de la primera nave marciana y después de inspeccionar los alrededores y el interior de la destrozada astronave venusiana regresaron al interior de su aparato.

Solamente entonces el resto de la flotilla tomó tierra. La experiencia les había enseñado a ser desconfiados.

La astronave que Clay había pilotado quedó completamente rodeada por las nueve marcianas. Unos tanques ligeros salieron del interior de ellas y un gran número de hombres, ninguno de los cuales sobrepasaba el talla de un metro cuarenta, empezó a moverse a su

alrededor. Todos iban fuertemente armados y de los pequeños carros de asalto sobresalían unos cortos cañones.

—Son tanques de juguete—comentó el coronel Legrand, que, igual que sus amigos continuaba vistiendo el traje espacial y cubría su cabeza con la práctica escafandra. Iban a despojarse de ella cuando penetraron en el viejo «bunker» alemán, pero ante posibles ráfagas de radiactividad decidieron permanecer con ellas puestas, aunque los contadores Geiger no señalaban su presencia en la isla.—No lo crea, coronel—contestó Clay—, estos cañoncitos es lo peor que se ha conocido…, mejor dicho, que no se ha conocido. Son cañones de rayos catódicos y sus efectos son realmente inhumanos. ¿Recuerda usted lo horroroso de las cabezas flotando en el espacio sin cuerpos que las sostuviesen?, pues los efectos de estos cañones es algo mucho peor. Si cae dentro de su campo de acción vivirá usted escasamente un minuto, pero sería el peor minuto de su vida. Los rayos penetrarían a través de su piel y destruirían todo su interior, vísceras, huesos, arterias, secarían la sangre, y quemarían todas las materias que componen el cuerpo humano, solamente la piel se salvaría. Durante este minuto usted se sentiría arder interiormente y su mente enloquecería de dolor y después…

—Bueno—interrumpió McGinley—… después sería usted exactamente igual que un pellejo de vino… pero sin vino, o una petaca sin tabaco o…

—…nada—respondió el coronel—. No importa de qué se muere, sino, cómo se muere y por qué se muere.

—Tenga, coronel—dijo McGinley ofreciendo el fusil electrónico al francés—. Vuelva con él… o encima de él.

Lo curioso del caso es que no había burla en sus palabras y el coronel y Clay lo comprendieron así.

—Las madres espartanas decían lo mismo ofreciendo el escudo a sus hijos—contestó Legrand— pero usted no conoce la historia antigua, ¿porqué razón me ha ofrecido el fusil y ha pronunciado estas palabras?

—He recordado a un viejo amigo mío—contestó el policía—. El hablaba siempre como usted, coronel y una noche—los ojos de McGinley se entornaron como si quisiera volver a vivir aquel momento—tuve que entregarle una de las modernas ametralladoras «Thompson» y darle una peligrosa misión. La cumplió, pero regresó sobre su «Thompson» y la de otro amigo muerto. También él había muerto… pero cumplió con la misión que se le había encomendado.

—Gracias, Mac, es el mejor elogio que me han podido hacer—contestó el francés aceptando el fusil que le tendía el policía y después, entregando el suyo a McGinley repitió:

—Vuelva con él… o encima de él.

—Los carros de asalto empiezan a husmear el terreno—dijo Clay—. Han visto que nuestros cuerpos no estaban en el interior de la astronave y ahora nos buscarán como perros de presa.

—No te metas con los pobres perros—contestó McGinley, al cual la proximidad de otra lucha desataba sus ganas de hablar.

—Va siendo hora de que pongamos en vigor la primera parte de nuestro plan—dijo el coronel—. Clay, puede usted pulsar el contacto eléctrico.

—Al momento, señor—-respondió el periodista.

Se aproximó a un rincón del «bunker» y apoyando su mano derecha sobre un conmutador eléctrico consultó con la mirada al coronel Legrand. Este, después de observar la situación del enemigo, hizo un gesto afirmativo con la cabeza y el periodista estableció el contacto.

Inmediatamente una horrorosa explosión estremeció toda la isla y una nube de polvo y de humo se elevó por encima de ella. Durante varios minutos estuvieron cayendo cascotes y trozos de mineral al rojo vivo, después una violenta ráfaga de aire marino limpió la atmósfera y ante los ojos de los terrestres del «bunker» apareció el resultado de su estratagema.

El lugar en donde minutos antes habían estado posadas la astronave venusiana y las nueve marcianas se había convertido en un enorme hoyo que el mar rápidamente había cubierto. De las diez astronaves interestelares no quedaba ni el más leve rastro. De los carros de asalto, solamente tres se movían sobre las planchas de cemento armado, y en cuanto a los marcianos desembarcados, más de las tres cuartas partes de ellos habían sido muertos en la explosión.

—¡Yuuupiii!—gritó McGinley, y volviéndose hacia el coronel aclaró—: Este es el grito de alegría de los vaqueros del Oeste americano.

—Lo sé, capitán, ustedes, los americanos, nos han llenado de suficientes películas del Oeste para que todo el mundo pueda saber lo que significa este grito.

—La segunda edición terrestre del caballo de Troya ha tenido pleno éxito—dijo Clay.

—…gracias a usted—añadió Legrand—, fue una brillante idea dejar abiertas las válvulas del aire líquido y establecer una conexión eléctrica.

—…y menos mal que la compuerta de entrada estaba abierta, pues si llega a estar cerrada volamos todos—dijo el periodista.

—Estos renacuajos marcianos nos han localizado—dijo McGinley

—. los tres carros de asalto están ascendiendo por el sendero y detrás va la infantería.

—Esperaremos su ataque frontal… y terminaremos con ellos—contestó el coronel Legrand—. Nos hallamos en la misma situación que Leónidas en las Termópilas, solamente pueden atacarnos de frente y en el momento que doblen el recodo, nuestros cañones sacados de la astronave abrirán un mortífero fuego que los desintegrará rápidamente.

—La idea fue mía—dijo McGinley sonriente—. Observé que las armas de a bordo se podían desmontar con cierta rapidez.

—No hables y observa—dijo Clay—, con tu dichosa manía de soltar discursos nunca llegarás a jefe de policía de New-York.

—New-York ya no existe—contesté rápidamente Mac.

—Pero en su lugar se levantará otra ciudad aún más hermosa, más limpia… y sin policías escoceses en sus calles—contestó Clay deseoso de enojar al escocés McGinley.

Pero éste tomó la cosa seriamente y contestó:

—Por una vez en tu vida tienes razón. Los escoceses no estaremos en las calles, nuestro sitio es la Alcaldía, la Jefatura de Policía y la dirección de los sindicatos. En las calles estarán los irlandeses… y los periodistas despedidos y sin trabajo.

—Las mujeres tenemos fama de habladoras… pero si los hombres se callasen un segundo podrían observar que el primer carro de asalto marciano está doblando el recodo—dijo Ivonne, a la cual los últimos tres días habían curado de sus nervios.

El «bunker» estaba situado en lo alto del acantilado. Era una potente masa de acero y cemento, no de dimensiones muy grandes y que, a causa de las voladuras inglesas, había quedado incrustado entre dos enormes masas de granito. Solamente se podía llegar hasta él siguiendo un estrecho sendero, que ni tal nombre merecía. Por una de estas extrañas casualidades de las grandes explosiones, por su parte superior, se extendía un saliente, también de granito que impedía el tiro indirecto.

El aviso de la muchacha llegó a tiempo. El primero de los carros marcianos doblaba ya el recodo y McGinley iba a hacer fuego con uno de los cañones arrancados de la astronave cuando la voz del coronel Legrand inmovilizó el dedo que ya se cerraba sobre el pulsador electrónico.

—Espere un segundo—ordenó el militar francés—, deje que avance unos metros más y cuando usted lo inutilice servirá de tapón… y los demás tendrán que retroceder… si los dejamos.

El policía asintió con la cabeza mientras sus ojos no se separaban

del visor cósmico.

—¡¡Ahora!!

El hablador escocés apretó las mandíbulas e hizo fuego. Una lengua azul partió del cañón y fue a estrellarse contra la torreta del pequeño carro. Una llamarada roja señaló el impacto pero el carro no se disgregó, tal y como esperaban los terrestres. Detuvo su avance, pero esto fue todo.

—Estos carros están construidos con otro material distinto al de las astronaves. Cuando esto termine tenemos que examinarlos detenidamente —exclamó el coronel francés.

Clay dejó oír una leve risita y fue Ivonne la que le preguntó:

—¿De qué te ríes ahora?

De lo maravillosa que es la naturaleza humana. El coronel no sabe si saldremos con vida de esta aventura, pero en cambio ya está pensando en lo que hará después.

—No te rías, hombres como él son los que han creado grandes imperios.

—...sí, tienes toda la razón, pero también han sido los creadores de los grandes cementerios.

—¡¡Fuego, Mac!!

El coronel había dado la orden cuando vio aparecer el segundo carro y aunque la acción del policía fue inmediata, no pudo evitar que el tercer carro de asalto marciano sortease a los dos destruidos y encarase su pequeño cañón de rayos catódicos contra el «bunker».

El primer disparo salió alto... pero sus efectos fueron rápidos. La masa de granito que se extendía sobre el «bunker», fue cortada como si hubiese sido mantequilla. Toneladas y toneladas se derrumbaron sobre la defensa de los terrestres y espesas nubes de polvo los envolvieron durante largos minutos. Cuando la visión volvió a ser posible, el pequeño carro de combate se hallaba apenas a diez metros de ellos y el cañón se dirigía rectamente hacia una de las aspilleras laterales de la defensa... y ya las tropas de asalto marcianas saltaban sobre las piedras y las losas de cemento dispuestas a terminar con la dura resistencia terrestre.

McGinley sacudió el polvo que cubría su escafandra y asiendo entre sus potentes brazos el cañón termo-nuclear abrió la puerta del «bunker» de una fuerte patada y salió al exterior. Antes de salir aún pudo oír el coronel:

—«Con él o encima de él.»

—¡Mac, espera!—-gritó Clay, pero su voz se perdió entre el estruendo que los disparos del valiente policía producían en el exterior.

El periodista quiso salir en su ayuda pero los secos brazos del coronel lo retuvieron.

—Déjelo, él va a morir por nosotros... y si le matan a usted su sacrificio resultaría inútil. Mac es un hombre de honor.

El primer disparo del policía, lanzado contra las orugas del carro lo detuvo inmediatamente, el segundo fue contra la torreta, que saltó en el aire produciendo un seco chasquido... y el tercero se incrustó en la cabeza del marciano que se asomó para observar los desperfectos.

—Este por la estatua de la Libertad—dijo Mac al hacer el primer disparo.

—Este por New-York—añadió al hacer el segundo.

—...y este por Aster—murmuró al hacer el tercero.

Pero ya no tuvo ocasión de continuar disparando, algo se estrelló contra su escafandra astillándola completamente. Sus ojos perdieron la visión y una bocanada de sangre llenó su boca. Cayó pesadamente al suelo mientras trataba de decir:

—«Mis amigos ven...»

No terminó la frase, el silencio se hizo en su interior y lo último que se escapó de entre sus manos fue el mortífero cañón con el cual había salvado la vida de sus amigos.

Clay, al ver caer a Mac, se separó violentamente de las manos del coronel y cogiendo uno de los livianos fusiles ametralladores salió al exterior. El típico mal genio del periodista había salido nuevamente a la superficie.

El primer enemigo que se presentó ante su vista estaba demasiado cerca para que su disparo fuese efectivo. Clay, dando un ágil salto se colocó a su lado y levantando la culata del fusil destrozó la escafandra del marciano.

Si los venusianos podían resistir perfectamente el aire terrestre, no ocurría lo mismo con los marcianos. El enemigo de Clay se derrumbó pesadamente contra el suelo, a pesar de que ninguna de las partes de su cuerpo habían sido afectadas por el violento culatazo.

—¡Aire!—dijo el desgraciado en perfecto inglés.

—¿Aire has dicho, asesino ?—replicó Clay fuera de sí—. ¡¡Tómalo!!

Y la culata de su fusil destrozó la cabeza del caído marciano.

Este acto de brutalidad innecesaria había sido contemplado por los marcianos supervivientes y por el coronel Legrand, así como por Ivonne.

La muchacha recogió otro de los fusiles electrónicos y salió al exterior. El coronel Legrand la siguió sin articular palabra pero al ver

que la bella enfermera iba á seguir los pasos de Clay preguntó:

—¿A dónde va, señorita?

—Donde están mis amigos, coronel—y levantando el fusil dijo—: «Con él o encima de él».Las mujeres seguimos a nuestros hombres... aunque vayamos en busca de la muerte.

La sonrisa volvió a aparecer en los labios del francés y contestó:

—Señorita, mujeres como usted son una esperanza más efectiva que las astronaves venusianas que tienen que venir en nuestra ayuda. Vamos.

Y dando media vuelta regresó al interior del «bunker» en busca de su arma. Cuando salió ya la batalla estaba casi decidida.

Clay, rodeado de los marcianos supervivientes, luchaba junto al caído cuerpo de McGinley. Los golpes del periodista eran efectivos. La lucha se había convertido en un desesperado cuerpo a cuerpo. La distancia era tan corta que de nada servían las armas desintegradoras y el terrestre había encontrado el punto débil de sus enemigos; el conducto del aire.

Enarbolando su fusil como una maza, todos los golpes iban dirigidos a las escafandras marcianas. Cuando uno de los pequeños hombres logró asirse a la peligrosa arma y con la ayuda de tres más arrancársela de las manos, desenvainó su afilado cuchillo y en breves momentos seccionó multitud de tubos conductores de aire.

Los últimos marcianos se habían lanzado contra él cuando entraron en la lucha el coronel e Ivonne.

Las fatídicas nubecillas verde-azuladas empezaron a flotar nuevamente sobre el cielo báltico y la fuerte brisa las arrastró hacia el mar como si fuesen leves trozos de niebla.

Las gaviotas revolotearon a su alrededor y después, con alegres chillidos hundieron sus picos en el agua en busca de comida.

Solamente tres marcianos permanecían con vida y ni el coronel ni la muchacha se atrevían a hacer fuego con sus fusiles ante el temor de herir al periodista, pero éste no necesitaba ayuda.

La mano que esgrimía el peligroso cuchillo trazó un molinete en el aire... y dos de los conductos de aire saltaron limpiamente cortados. Mientras sus poseedores agonizaban en el suelo, la mano libre del periodista se abatió sobre la escafandra del único superviviente, destrozándola completamente... y luego, la afilada punta del cuchillo se hundió en la garganta del hombre de Marte.

Un chorro de sangre brotó de la abierta herida, manchando la enguantada mano de Clay e incluso algunas gotas de sangre roja fueron a salpicar la escafandra del valiente periodista.

Limpiando las manchas que había en su escafandra, Clay descubrió

a Ivonne y al coronel y una sonrisa de triunfo brotó de sus resecos labios.

—La primera oleada ha muerto, coronel.

—Sí, la victoria es nuestra, pero…

El resto de la frase quedó en el aire, ¡podía significar tantas cosas!

El periodista se acercó al caído cuerpo de McGinley y mirándolo tristemente, exclamó:

—Era un hombre valiente… pero también era un hermoso loco.

—Sí, y tenía un sentido del deber verdaderamente digno de un soldado—añadió el coronel.

—…y aún lo tengo—replicó rápidamente la voz del policía desde el suelo.

Clay se inclinó sobre él y pudo comprobar que efectivamente, la voz pertenecía al «cadáver» de Mac.

—¡Miserable rastreador de carteristas pobres! —gritó levantando en vilo el cuerpo del policía.

—¡Cuidado!—gritó éste—. Estoy muerto y muy muerto… y si no lo estoy la culpa no es mía.

El periodista, al cual la alegría de ver vivo a su amigo se manifestaba en frases de grueso tono y en fuertes sacudidas al pobre hombre, examinó detenidamente las heridas de McGinley.

Uno de los proyectiles desintegradores se había estrellado contra su escafandra, haciéndola añicos v uno de los fuertes cristales se había introducido en su sien, causándole una gran herida que sangraba profusamente, haciéndole perder el conocimiento.

Clay arrancó el duro cristal de silicio mientras decía:

—Con esta piel tan dura puedes llegar tranquilamente a presidente de los sindicatos del puerto de New-York.

—¡La segunda oleada de astronaves marcianas cae sobre nosotros! —dijo el coronel Legrand sin abandonar su sonrisa.

Una formación de cincuenta astronaves marcianas de gran radio de acción había aparecido en el cielo báltico.

—De esta si que no nos libramos—dijo McGinley recogiendo su fusil desintegrador—. Creo, amigos míos, que ha llegado la hora de las despedidas.

—Sí, puede ser que haya llegado, pero aún venderemos caras nuestras vidas—contestó Clay.

—Lo mismo dijo el general Custer… y murió con las botas puestas —replicó el policía.

Las cincuenta naves marcianas se abatieron sobre la isla de Heligoland como buitres hambrientos sobre la carroña de un buey.

La primera de las naves marcianas había inclinado la proa dispuesta a hacer fuego cuando en el mismo cielo báltico aparecieron seis brillantes astronaves pintadas de gris claro.

Fue Ivonne la primera que las descubrió y señalándolas con el dedo exclamó:

—Venus, la estrella de la mañana viene en nuestra ayuda.

—Seis contra cincuenta—comentó McGinley pesimista—, solamente lograremos morir un poco más tarde.

Pero tuvo que cambiar de opinión cuando observó que de las proas de las naves venusianas salían verdaderos chorros de pequeños proyectiles de apenas cincuenta centímetros de largo que, después de permanecer un momento en el espacio, como si dudasen del camino a seguir, se dirigían a velocidades vertiginosas hacia las astronaves marcianas y las acosaban hasta llegar a adherirse a ellas… y entonces los pequeños artefactos explotaban, disgregando a las naves en el aire y convirtiéndolas en masas de fuego líquido que eclipsaban el resplandor del Sol.

A la segunda andanada de torpedos de «zinnio» solamente quedaban en el aire doce astronaves marcianas que ya empezaban a emprender la retirada, pero entonces las seis naves venusianas dividieron sus efectivos y mientras tres interceptaban el camino a las que huían, las otras tres las atacaban por retaguardia.

Fue cuestión de segundos la total destrucción de la flota marciana. Los componentes de la tripulación de una de las astronaves se lanzaron al espacio para ir a caer sobre los restos de los tres destrozados carros de asalto.

Antes de que sus pies tocasen el suelo de la Tierra, ya Clay y McGinley habían inutilizado sus armas y con secos golpes en el estómago propinados con las culatas de sus armas, habían dejado completamente fuera de combate a los cinco tripulantes marcianos.

—¡Tenemos hasta prisioneros!—dijo McGinley mientras procedía a atar concienzudamente a los cinco marcianos.

—Guárdalos, a lo mejor te los cambian por una ristra de salchichas.

—Oye, ¿te das cuenta de que hace más de tres días que no hemos probado un bocado?

—¿Te das cuenta de que aún continúas vivo, tragón?—respondió Clay mientras observaba el vuelo de las seis astronaves venusianas.

Estas se disponían a tomar tierra, mejor dicho, a «tomar mar», pues iban a amerizar junto a la isla.

—Creo que la pesadilla ha tocado a su fin —dijo el coronel Legrand despojándose de la escafandra.

—También lo creo yo—dijo Clay, imitando al militar francés.

—No lo sé—comentó a su vez McGinley—, ahora empieza la peor parte.

—Puede ser que tenga usted razón, pero por mala que sea, el cielo está limpio de enemigos y en cambio hay en él naves amigas—replicó el coronel mientras contemplaba el perfecto amerizaje de las seis naves venusianas.

Estas, con un perfecto conocimiento de la costa, fueron a anclar en una pequeña cala de reposadas aguas.

—Visita de cortesía, de agradecimiento y de amistad interplanetaria. Esto es cosa tuya, Mac —dijo Clay al ver cómo las astronaves se detenían.

—¡Y un cuerno! La diplomacia siempre ha sido patrimonio de los franceses. Que vaya el coronel.

—Te equivocas, Mac, la diplomacia ha sido patrimonio de los ingleses, a los franceses les corresponde la galantería.

—Es lo mismo, que vaya el coronel que es el de mayor graduación entre nosotros.

—...pero tú eres pariente de Zino, eres su «sobrino»—añadió Clay.

—¡Huf!... y pensar que la silla eléctrica ha sido destruida.

Las compuertas de las seis astronaves se abrieron y del interior empezaron a salir figuras, recubiertas con el traje de vuelo espacial, pero sin la escafandra.

Clay y sus amigos pudieron observar cómo los venusianos iban ascendiendo por la escarpada ladera. Su paso era firme, seguro y se iban acercando rápidamente.

—Vamos—ordenó Clay—, les ahorraremos la mitad del camino.

El pequeño grupo de terrestres se fue aproximando hacia sus aliados. Cuando apenas les separaban diez metros, un venusiano se destacó del conjunto y saltando ágilmente por entre las losas de cemento y restos de las voladuras, tendió su mano al periodista, que también se había adelantado a sus amigos.

—¡Hola, Clay!—saludó el venusiano estrechando fuertemente la diestra del terrestre.

—¡Hola, Zino!—contestó el periodista respondiendo al fuerte y cordial apretón del jefe Supremo de Venus.

—He querido ser yo mismo quien mandase la flotilla de astronaves —continuó diciendo Zino—... entre otras muchas razones para poder tener el placer de conocerte personalmente y poder hablar con tus valientes amigos y también porque, finalmente, tengo buenas noticias para ti y para todos los terrestres.

Tanto los venusianos, como McGinley, el coronel Legrand e Ivonne formaban un extraño grupo. Sus azules trajes espaciales resaltaban poderosamente sobre el gris amanecer báltico.

—La gran nube radiactiva que flotaba sobre la Tierra a consecuencia de la gran cantidad de explosiones atómicas, ha desaparecido gracias a una serie de fenómenos atmosféricos que éstas mismas explosiones provocaron — dijo Zino—. Por otra parte. la destrucción no ha sido tan completa como temíamos al principio. Solamente han sufrido los grandes núcleos urbanos y gracias a la intervención de ustedes aniquilando a los enemigos que luchaban en la misma Tierra, se ha podido evitar la total destrucción.

—Son las mejores noticias que podías darme, Zino—contestó Clay —. Ahora sabemos que nuestra lucha no ha sido en vano y que aún existe vida en nuestro planeta.

—Cuando regrese a Venus mandaré rápidamente las astronaves de transporte repletas de materiales que puedan ayudaros a reconstruir vuestras ciudades. Os mandaré técnicos, científicos, médicos y todo el personal necesario. Entre Venus y la Tierra se va a establecer un íntimo lazo de amistad y de comprensión. Entre todos reconstruiremos lo que esta guerra ha arrasado y después, cuando os halléis en condiciones de igualdad con nosotros, emprenderemos el castigo de Marte. No podrá haber paz en el Universo hasta que eliminemos esta amenaza.

—Gracias por todo, Zino—respondió el periodista—, y ahora, si no te molesta, quisiera hacerte unas preguntas.

—Puedes hacerlas, eres mi amigo—respondió sonriendo el jefe supremo de Venus,

—¿Qué ocurrió con el último grupo de terrestres-marcianos ?

—Nuestro cohete teledirigido acabó rápidamente con ellos.

—¿Marte volverá a mandar sus astronaves de combate?

—Ya lo había hecho. Detrás de esta primera oleada habían mandado la segunda y la tercera, pero las dos fueron aniquiladas al salir de la atmósfera marciana. Mis astronaves hicieron el trabajo.

—Creí que solamente se habían salvado seis del ataque que sufristeis—contestó Clay.

—También yo—replicó Zino—, pero una de nuestras grandes factorías, situada en la zona helada de Venus, se salvó de la destrucción y mientras nosotros trabajábamos desesperadamente para poder reparar las averiadas, la factoría terminó rápidamente una flota de astronaves de gran radio de acción. Estas que ves son de las terminadas en la fábrica. Por otro lado, los marcianos solamente destruyeron las naves de combate, dejando intactas las de transporte.

—¿Qué ocurrirá ahora? — continuó preguntando Clay.

—Nada—respondió Zino—. Marte no tiene naves de lucha y tardará bastante tiempo en tenerlas. Existirá un compás de espera.

—¿Por qué no atacamos ahora mismo a Marte?—dijo el coronel francés.

—Por la sencilla razón de que las defensas del planeta son infinitamente superiores a nuestros medios de ataque. Este solamente podrá efectuarse cuando la Tierra y Venus se hayan armado debidamente.

—Nuestro trabajo es reconstruir—dijo Clay dando por terminada la conversación.

—Sí, amigo—añadió Zino—. El Gobierno de su país se halla ahora en la ciudad de Atlanta y voy a dejarles a ustedes dos de estas potentes astronaves para que puedan trasladarse allí y también para que puedan tener un medio de comunicación con nosotros a través de las pantallas televisoras. Tengo la seguridad de que esta vez les escucharán atentamente y que no los encerrarán por «lunáticos».

—También yo pienso lo mismo—contestó Clay esbozando una sonrisa.

—Ahora, Clay, tenemos que regresar a Venus. Mi presencia es necesaria allí, y no olvide que dentro de cuarenta y ocho horas terrestres, mis aeronaves de transporte volarán sobre el cielo de Atlanta.

—No lo olvidaré, Zino… como tampoco olvidaré la ayuda que nos ha prestado en estas horas angustiosas que nos ha tocado vivir a todos los terrestres.

Después de despedirse del periodista y de sus amigos los venusianos regresaron a sus astronaves. Las compuertas se cerraron herméticamente y cuatro de ellas emprendieron un rápido vuelo vertical que rápidamente les alejó de la superficie terrestre.

—Rumbo a Atlanta—dijo Clay empezando a descender hacia las dos astronaves que Zino había dejado—, rumbo a nuestra patria… y cada uno a su trabajo.

Los cuatro terrestres se dividieron en dos parejas, McGinley y el coronel Legrand penetraron en una de las naves y Clay e Ivonne en la otra.

Una detrás de la otra despegaron rápidamente y volando a baja altura pusieron rumbo hacia los EE. UU.

El primer ataque marciano contra la Tierra había sido rechazado victoriosamente gracias al sentido del deber de cuatro seres… y ahora empezaba una nueva era; la era de las relaciones interplanetarias y con ella también vendrían las guerras entre planetas, pero la Tierra se

iba a preparar para poder hallarse en condiciones de igualdad o superioridad ante los potentes y sanguinarios enemigos que irían apareciendo en los amplios campos del espacio.

Las dos astronaves volaban ya sobre Atlanta y la hermosa ciudad, completamente intacta, se extendía a sus pies. Ivonne la señaló con el dedo mientras decía:

—Querido, seguramente allí abajo encontraremos a un sacerdote para que nos case.

—Lo encontraremos, puedes tener la seguridad de ello—respondió Clay pasando un brazo alrededor de la cintura de la muchacha.

Esta se inclinó sobre la cabeza del periodista y sus húmedos labios se unieron a los de él. Cuando los separó, ya la astronave de McGinley y del coronel reposaba sobre la blanca pista de aterrizaje.

—Ahora nosotros, querida, y después...

—La boda—terminó de decir la muchacha.

La potente astronave interplanetaria tomó tierra y después de deslizarse suavemente se inmovilizó. Una gran multitud acudió a contemplar aquellos extraños aparatos desconocidos para ellos. La muchacha, puesta en pie ante la abierta compuerta de salida dejó correr alegremente la mirada entre aquella multitud que gritaba alborozada al contemplarla.

—¡Allí, Clay!—gritó Ivonne.

—¿Allí, qué?—preguntó el periodista mirando hacia el punto que le señalaba la bella enfermera.

—¡Allí... allí hay un sacerdote!

—Calma, querida, el mundo no va a terminarse dentro de diez segundos — contestó Clay sonriendo.

—No, pero hace unos días le faltó muy poco... y no quiero que te escapes,

—No me escaparé... puedes estar segura de ello—contestó el periodista besando a la muchacha delante de toda la multitud.

* * *

Dos días después llegaban a Atlanta las pesadas astronaves de transporte y rápidamente se procedió a descargarlas. La reconstrucción terrestre había empezado y hasta que llegase la hora del desquite, todos los hombres de la Tierra trabajarían unidos. Trabajarían para defender su propia supervivencia y para la de las generaciones futuras.

...y mientras la reconstrucción empezaba, entre las brumas del

Báltico, cerca de la isla de Heligoland, una gaviota dejaba escapar alegres chillidos mientras su pico se hundía en las agitadas aguas en busca de peces.

F I N

COLECCION
LUCHADORES DEL ESP

ULTIMOS TITULOS PUBLICAD

117.—El silencio de Helión, *Robín Carol*
118.—Ventana al infinito, *J. Negri O'Har*
119.—El Planeta errante, *Karel Sterling*
120.—Regreso a la patria, *George H. Wh*
121.—Lucha a muerte, *George H. White*
122.—«Cautivos del Espacio», *Joe Benne*
123.—Vacío siniestro, *Joe Bennett.*
124.—Detrás del Universo, *Karel Sterling*
125.—¡Karima!, *Profesor Hasley.*
126.—El bosque petrificado, *Profesor Ha*
127.—Energía «Z», *Profesor Hasley.*
128.—Fantasmas siderales, *Karel Sterling*
129.—El túnel transatlántico, *Profesor H*
130.—El mundo subterráneo, *Profesor H*
131.—Entre Marte y Júpiter, *Joe Bennet*
132.—Separación Asteroidal, *Joe Bennett.*
133.—Náufragos del Universo, *Joe Benne*
134.—La isla de otro mundo, *Eduardo Te*
135.—El tiempo desintegrado, *Karel Ster*
136.—El conquistador del mundo, *Prof. H*
137.—El ejército sin alma, *Prof. Hasley.*
138.—Mensajes de muerte, *Karel Sterlin*
139.—Motín robótico, *Joe Bennett.*
140.—Cita en la Luna, *Van S. Smith.*
141.—Misterio en la Antártida, *Larry W*
142.—Cosmoville, *Joe Bennett.*
143.—Ataúdes blancos de Oberón, *Karel*
144.—Nosotros los marcianos, *Karel Ste*
145.—El doble fatal, *Joe Bennett.*
146.—La ruta perdida, *Karel Sterling.*
147.—Embajador en Venus, *Van S. Sm*
148.—El astro prohibido, *Joe Bennett.*
149.—Niebla alucinante, *C. Aubrey Rice.*
150. La hierba del cielo, *Joe Bennett.*
151.—¡Nos han robado la Luna!, *Joe Be*
152.—Rutas ignoradas, *J. Negri O'Hara.*
153.—Un cadáver en el aerolito, *Henry*
154.—La Diosa de Venusio, *Joe Bennett.*
155.—Condenados a morir, *Joe Bennett.*
156.—La barrera de las sombras, *A. S. J*
157.—Las huellas conducen... al infierr *Smith.*
158.—El Planeta de nadie, *Henry Keyst*
159.—Regresaron dos muertos, *Joe Benn*

160.—El mundo de los seres condenados, *J. O'Hara.*
161.—El Planeta maldito, *P. Danger.*
162.—Asesino interplanetario, *Henry Keystone*
163.—Extraños en la Tierra, *Van S. Smith*
164.—Marionetas humanas, *Vic Adams*
165.—La nave pirata, *Joe Bennett.*
166.—Los aventureros de Júpiter, *Joe Bennett*
167.—Cuatro a Mercurio, *Peter Kapra.*
168.—Donde empieza el límite, *J. Negri O'H*
169.—La onda invencible, *Joe Bennett.*
170.—Eratom 225, *Prof. Hasley.*
171.—Después de la hora final, *Van S. Smit*
172.—Bases submarinas, *J. Negri O'Hara.*
173.—Nieblas blancas, *P. Danger.*
174.—Submares de muerte, *Joe Bennett.*
175.—La espacionave del terror, *Joe Bennett*
176.—Las estrellas amenazan, *Van S. Smith.*
177.—Rebelión en la galaxia, *V. A. Carter.*
178.—El umbral de la Antártida, *P. Danger.*
179.—Los hombres del más allá, *P. Danger.*
180.—Bloqueo en el espacio, *Ray Kualiter.*
181.—La muerte azul, *V. A. Carter.*
182.—Un mensaje en el espacio, *Van S. Smit*
183.—Viaje hacia la muerte, *Prof. Hasley.*
184.—¡Descohesión!, *P. Danger.*
185.—La nueva raza, *V. A. Carter.*
186.—El extraño viaje del Dr. Main, *Van. S.*
187.—Venus llama a la Tierra, *Van S. Smi*
188.—Sonidos silenciosos de Venus, *V. A. C*
189.—La ruta de los pantanos, *P. Danger.*
190.—¡Ayúdanos, terrestre!, *V. A. Carter.*
191.—Polizón en el espacio, *Edward Wheel.*
192.—El nuevo poder, *Van S. Smith.*
193.—Prisión cósmica, *V. A. Carter.*
194.—El misterio de la misión Silverton, *J. O'Hara.*
195.—Intrusos siderales, *Van S. Smith.*
196.—La Tierra no puede morir, *V. A. Car*
197.—La amenaza sin nombre, *P. Danger.*
198.—Luna ensangrentada, *Van S. Smith.*
199.—Diablos de la Ionosfera, *Van S. Smith.*
200.—Viaje al infinito, *P. Danger.*
201.—Cargamento para el infierno, *V. A. Carter.*
202.—La locura de Bevinton, *Van S. Smith.*
203.—El planetoide maldito, *Van S. Smith.*
204.—Los Hombres Gusano de Ceres, *Leo MacDo*
205.—Los Vampiros de la Muerte, *Leo MacDonal.*
206.—Cautivos de Voidan, *V. A. Carter.*
207.—Atentado a la Tierra, *J. Scott Barry.*
208.—Comandos en el espacio, *Edward Whell.*

Un cataclismo cósmico ocurrido en una lejana galaxia ha ocasionado la destrucción del Sol que regía los destinos de veinte gigantescos planetas. Veinte planetas que, fugitivos de sus órbitas, se han lanzado al cosmos precipitándose sobre nuestro sistema planetario.

¿Llegará a consumarse la terrible catástrofe que los científicos de la CONFEDERACION DEL SOL temen?

¿Podrán destruirse esos veinte planetas antes de que acaben con el sistema solar y la humanidad que lo puebla?

¿Y estarán aquellos mundos habitados por seres inteligentes?

He aquí un sinfín de incógnitas que

EDWARD WHEEL

nos ha planteado en su trepidante y fantástica novela titulada

MUNDOS A LA DERIVA

Una narración que le mantendrá con el ánimo suspendido desde el principio al fin y que le situará en pleno año tres mil.

MUNDOS A LA DERIVA

es el próximo número de la apasionante

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: 7 pesetas.

Distr. en Argentina por FOLIA Maipú, 934, Bs. As.

Notes

[←1]

1 Efectivamente, el piloto Thomas Mantell murió el chocar su aparato con algún cuerpo desconocido, pero lo curioso del caso es que cuando murió iba en persecución de un O. N. I. (Rigurosamente histórico.)

[←2]

2 Dicha fotografía aún no ha sido publicada, a pesar de que el Departamento de Defensa anunció su compra.